

MISIONEROS

**CARTA CIRCULAR
DEL
P. JOSEP MARIA ABELLA, C.M.F.
SUPERIOR GENERAL**

ROMA 2012

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos:

Espero que al recibir esta carta os encontréis todos bien y llenos de entusiasmo en el servicio misionero que los superiores os han confiado. Algunos, por dificultades de salud o por la edad, estaréis orando por el fruto del ministerio de vuestros hermanos. Otros, al fin, os encontraréis en alguna de las etapas del proceso formativo, preparando vuestra integración a los equipos misioneros. A todos me dirijo, a la mitad del sexenio para el que fue elegido este Gobierno General, recordando y comentando algunos aspectos importantes que nos dejó el último Capítulo General para renovar nuestra vida misionera. En esta ocasión me ha parecido conveniente hacerlo desde la perspectiva que nos ofrece aquello que entendemos como lo más nuclear de nuestra vocación: ser misioneros y serlo concretamente hoy.

Cuando comenzamos a preparar el anterior Capítulo General constatamos una gran coincidencia en la preocupación de los Superiores Mayores de la Congregación sobre la necesidad de afrontar el tema de nuestra identidad. No sentíamos, ciertamente, la necesidad de buscar nuevas definiciones, porque estábamos convencidos de que el proceso de renovación congregacional posterior al Concilio Vaticano II nos había dejado unas formulaciones profundas y precisas, tanto en las Constituciones renovadas como en otros documentos. Además, el magisterio de

los Capítulos Generales y de los Superiores Generales nos había ofrecido indicaciones muy importantes en torno a este tema. Nos preocupaba, sin embargo, cómo esta identidad tan bien definida llegaba a configurar nuestra propia vida y la de nuestras comunidades y sus proyectos apostólicos. Tanto las características del momento histórico que estábamos viviendo como la pluralidad de situaciones culturales presentes en la realidad congregacional, nos planteaban nuevas preguntas, o mejor todavía, nos hacían descubrir nuevas resonancias en la pregunta fundamental: quiénes somos y cómo debemos vivir hoy esta identidad. Obviamos la palabra “identidad”, que podía orientarnos hacia una discusión excesivamente teórica, y optamos por plantear la pregunta del siguiente modo: *¿Cómo vivir hoy nuestra vocación misionera?* Ésta fue la inquietud que orientó nuestro discernimiento en la etapa pre-capitular y durante la celebración del mismo Capítulo General. Los tres elementos presentes en la pregunta nos alertan ya sobre aspectos fundamentales que hay que tener en cuenta. Se trata de una “vocación”, de un don, de una llamada, de un regalo de Dios y no de un proyecto primariamente nuestro, pensado y definido desde nosotros mismos. Es, ante todo, una llamada que hay que escuchar y a la que hay que responder. Implica una relación que toca la vida de quien escucha la llamada y que le va confrontando continuamente con nuevas preguntas. Se trata de “vivir” de acuerdo a las exigencias que surgen de esta llamada que encuentra resonancias en todas las dimensiones de la vida. Y finalmente se trata de vivirla “hoy”, sabiendo re-escucharla en las cambiantes circunstancias de la historia, teniendo siempre presente el “pathos” de Quien llama y su proyecto de salvación.

El itinerario capitular nos centró en el tema de la mística misionera, como condición fundamental para responder a esta llamada. Somos, ante todo, *misioneros*. Es una afirmación que nos resulta casi superflua porque la hemos escuchado, meditado y pronunciado infinidad de veces. Pero es, al mismo tiempo, una afirmación que nos deja inquietos porque nos sitúa ante el desafío de demostrar con nuestras actitudes, proyectos y actividades que esto sigue siendo real en nuestra vida personal, en nuestras comunidades y en el caminar de la Congregación universal. Durante el Capítulo vimos con mucha claridad que necesitábamos renovar la motivación que nos mantenía atentos a los desafíos que descubríamos en el mundo y dispuestos a asumir las consecuencias que comporta responder a ellos desde las exigencias del carisma misionero que el Señor nos ha dado. A esta preocupación obedecen, precisamente, algunas iniciativas que se han puesto en marcha en la Congregación durante estos años.

Me ha parecido, pues, conveniente compartir con todos vosotros algunas reflexiones en torno a este tema tan crucial, para que podamos seguir escribiendo la historia congregacional con un lenguaje verdaderamente misionero.

I.

LA MISIÓN, UN TEMA FUNDAMENTAL

La misión está en el centro de la vida consagrada. Nos lo recordó el Papa a los Superiores Generales en su discurso durante la audiencia que nos concedió el mes de noviembre de 2011: “La misión es el modo de ser de la Iglesia y, en ella, de la Vida Consagrada; es parte de vuestra identidad.” Los carismas son dones del Espíritu para el bien de toda la Iglesia, para que pueda crecer en su camino de fe, construir una verdadera fraternidad y desarrollar la misión de testimoniar y anunciar el Reino.

La misión constituyó también uno de los pilares de la reflexión del Congreso internacional de la vida consagrada celebrado en Roma el año 2004. Lo intentamos expresar a través de aquella frase que ha servido de punto de referencia e inspiración para muchos: “Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”. Me he referido a este lema en repetidas ocasiones subrayando que expresa la clave que nos permite plantear la vida en sentido verdaderamente misionero.

Han sido muchos los congresos y simposios que se han realizado en torno a este tema y numerosas las publicaciones que lo tratan. Hay una convergencia muy grande en señalar la importancia de este aspecto fundamental de nuestra identidad como religiosos y como claretianos. Sin embargo no cesan de acecharnos preguntas que nos inquietan profundamente y que nos obligan a buscar nuevas respuestas y a definir nuevos ejes sobre los que articular la proyección misionera de nuestra Congregación hoy.

1. PUNTOS DE REFERENCIA A LA HORA DE PENSAR NUESTRA MISIÓN HOY

1.1 *El Padre Fundador*

Cuando pensamos en nuestro carisma misionero nos sentimos, obviamente, llamados a dirigir nuestra mirada hacia la experiencia del P. Fundador. Nos interesa, sobre todo, tomar conciencia de lo que le motivó en su vocación misionera, de cómo interiorizó esta llamada y de cómo expresó su respuesta a través de proyectos y actividades concretas. Conocemos muy bien cómo él supo conjugar el análisis de la realidad de su momento histórico con la llamada que iba descubriendo con gran fuerza en la meditación de la Palabra de Dios. Lo hizo desde los paradigmas teológicos, eclesiológicos y sociológicos de su tiempo, dejándose interpelar por ellos e intentando responder. Su espiritualidad, la organización del grupo que le acompañaba -su comunidad- y su actividad estuvieron siempre guiadas por la preocupación misionera. Éste es el dato que queremos recoger de la experiencia de nuestro Padre Fundador. Nos damos cuenta de que el celo misionero que se apoderó de su corazón fue el eje en torno al que articuló las distintas dimensiones de su personalidad y todos los proyectos de su vida de sacerdote y Obispo. Nuestra misma Congregación es fruto de aquel celo. Durante la celebración del bicentenario de su nacimiento tuvimos ocasión de profundizar todos estos aspectos. Fue un tiempo de gracia para la Congregación.

De todos modos, los tiempos han cambiado y algunas de las motivaciones que empujaron a Claret a una actividad

apostólica incansable, ya no encuentran excesiva resonancia en nosotros. He tenido la oportunidad de comentarlo con muchos de vosotros en conversaciones personales y en reuniones de diversa índole. Una nueva visión del hombre, un modo distinto de pensar la Iglesia y su misión, una sensibilidad ecuménica impensable en tiempo del P. Fundador, nuevos planteamientos en la teología y la cristología, el contacto más profundo con otras tradiciones religiosas y un largo etcétera, nos colocan en una perspectiva muy distinta. Ello nos obliga a recuperar el núcleo de su vocación misionera para poder dar, desde él, con motivaciones que hablen hoy a nuestro corazón y llenen de dinamismo nuestra proyección apostólica. Claret sigue siendo para nosotros, llamados a esta comunidad misionera, un punto de referencia fundamental, pero hemos de saber releerlo. Es bello el número de la Autobiografía con que concluye el capítulo en que habla de los “estímulos que le movían a misionar”. Es un texto que hemos llamado “oración apostólica” y que sigue alimentando nuestra espiritualidad misionera: “¡Oh Dios mío y Padre mío!, haced que os conozca y que os haga conocer: que os ame y os haga amar; que os sirva y os haga servir; que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que los justos perseveren en gracia y todos consigamos la gloria eterna. Amén” (Aut 233). Aquí descubrimos un núcleo importante de nuestra espiritualidad y de la motivación misionera.

Junto a ello seguimos llevando en la mente y en el corazón las palabras de la “definición del misionero”, que han inspirado el compromiso de tantos hermanos nuestros y que siguen hablando poderosamente a nuestro corazón. De

hecho, en torno a este texto se articuló la reflexión capitular y así quedó plasmado en el documento “Hombres que arden en caridad”.

Estos son los rasgos claretianos que nos van a ayudar a explicitar las motivaciones que pueden seguir sosteniendo y potenciando hoy nuestro compromiso misionero y en los que vamos a encontrar inspiración para identificar los ejes sobre los que articular el gran número de actividades apostólicas a través de las cuales la Congregación expresa hoy su carisma misionero.

1.2 Las orientaciones del Magisterio eclesial

Estamos conmemorando los cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II. No cabe duda de que el Concilio supuso un cambio radical en el modo de pensar la Iglesia y su misión en el mundo. La eclesiología de comunión que encontramos en los documentos del Concilio nos invita a vivir el misterio de la Iglesia como una realidad en la que los distintos carismas y ministerios, dones preciosos del Espíritu, se relacionan entre sí ayudándose a seguir con mayor fidelidad a Jesús y a cumplir con entusiasmo la misión confiada por el Señor a la Iglesia. En ella todos nos sentimos llamados y responsables de esta misión que es necesaria y urgente para toda la humanidad.

El Concilio indicó que el camino de realización de esta misión supone una apertura al mundo y una escucha atenta de las preguntas que acompañan el caminar de la humanidad en este momento histórico. Solamente a través de un diálogo abierto y cordial el Evangelio llega a tocar de ver-

dad la vida de las personas. Se trata de un diálogo que resulta imprescindible para encontrar los caminos de una evangelización capaz de penetrar las culturas de los pueblos, tal como decía Pablo VI en “Evangelii Nuntiandi” (EN 20).

El Concilio reconoció la necesidad urgente de profundizar y acelerar el camino del ecumenismo y de entrar en un diálogo sincero con los creyentes de otras Tradiciones religiosas y con todos los hombres de buena voluntad. Los derechos humanos, la paz, la justicia, la ecología y otros temas profundamente humanos encontraron su lugar propio en el horizonte de la evangelización.

No es éste el lugar para ofrecer ningún tipo de síntesis de la doctrina conciliar, simplemente he querido llamar la atención sobre la importancia de no perder de vista aquel momento de gracia en la vida de la Iglesia. Se inauguraban tiempos nuevos para la acción misionera de la Iglesia. Refiriéndose al Concilio, dice el Beato Juan Pablo II: “La enorme riqueza de contenidos y el tono nuevo, desconocido antes, de la presentación conciliar de estos contenidos constituyen casi un anuncio de tiempos nuevos” (TMA 20).

El Magisterio posterior nos ha ayudado a profundizar esta reflexión y ha ofrecido variados estímulos para que nos adentremos en los “nuevos areópagos”, invitándonos a dar también allí testimonio del Evangelio. La época posconciliar ha sido un tiempo de creatividad pastoral y de gran generosidad misionera, aunque, lamentablemente, se nota un cierto cansancio en algunos ámbitos. La creatividad supone mucha atención a los signos de los tiempos, a la ac-

ción del Espíritu en la historia; por ello exige una profunda espiritualidad y una generosa disponibilidad para asumir los nuevos desafíos y buscar respuestas que sean verdaderamente relevantes.

Igualmente importante ha sido el magisterio de las Iglesias continentales y nacionales. Hago solamente algunas indicaciones sobre las Iglesias continentales ya que entrar en la experiencia de las Iglesias nacionales resulta imposible.

La Iglesia latinoamericana ha sido pionera y las orientaciones emanadas de sus Conferencias Generales en Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y, recientemente, Aparecida (2007), han marcado la vida de todas las iglesias de aquel continente y estimulado el compromiso misionero en las demás. La opción preferencial por los pobres, el compromiso por la justicia, la recuperación de la Palabra de Dios en la comunidad cristiana y muchos otros aspectos han dado lugar a nuevos modos de presencia eclesial entre el pueblo y a praxis pastorales que han ido gestando un nuevo modo de ser Iglesia.

La Iglesia de Asia ha insistido en el diálogo como lugar propio de la evangelización: diálogo con las culturas, con las Tradiciones religiosas y con los pobres. A través de este diálogo se comunica el mensaje gozoso del Evangelio y se enriquece la propia experiencia de Dios, que se descubre más Padre/Madre de todos. A través del diálogo todos nos podemos convertir más al Reino. En el diálogo encuentra su lugar propio el anuncio de Jesucristo.

La Iglesia de Europa ha debido afrontar las cuestiones que surgen de una situación cultural marcada por un proceso de secularización muy fuerte, que ha supuesto el alejamiento de la Iglesia de muchos católicos y ha producido un cierto indiferentismo religioso en la mayoría de los ciudadanos de aquel continente. Han surgido infinidad de nuevas iniciativas pastorales y se están buscando nuevos espacios de diálogo con la cultura. La iglesia en Europa ha hecho también su aporte importante en los nuevos rumbos que ha ido tomando la organización política del continente.

La Iglesia de América del Norte ha hecho caer en la cuenta de la urgencia de no perder de vista la situación de los otros pueblos cuando se piensa en el bienestar y la seguridad del propio y ha sido capaz de suscitar cuestiones importantes que han tenido su impacto en la conciencia de los ciudadanos y de los gobernantes de aquellas naciones. La presencia cercana y solidaria a los inmigrantes ha constituido un testimonio claro de los valores evangélicos.

La Iglesia de África ha intentado ser instrumento de comunión y reconciliación en muchas situaciones de conflicto que se han vivido en el continente. Por otra parte, ha sabido acoger gozosamente a un creciente número de personas que piden formar parte de la comunidad cristiana y acompañarlas en su camino de fe. En medio de dificultades, pero siempre con una gran esperanza, ha ido diseñando los rasgos que deben caracterizar esta “Iglesia, familia de Dios” a la que todos se puedan integrar con las riquezas de sus propias tradiciones culturales.

Es verdad que, junto a todo ello, hay muchas sombras en la vida de Iglesia que, a veces, debilitan la credibilidad de su anuncio del Evangelio. Pero no cabe duda de que el nuevo modo de pensar la Iglesia y su misión, que ha surgido a partir del Vaticano II, ha supuesto un cambio muy importante. Nos ha colocado en una dinámica nueva en la que no es posible dejar de escuchar las cuestiones que nos vienen de las realidades culturales y sociales, porque la evangelización acontece, precisamente, en este diálogo. El Concilio nos sigue ofreciendo una perspectiva desde la que abordar los diferentes cuestionamientos que descubrimos en la realidad de nuestro mundo. Nos anima a buscar nuevos modos de vivir nuestra consagración religiosa de modo que sea realmente un mensaje significativo para el mundo de hoy.

1.3 *Otras referencias importantes*

Existen también otros puntos de referencia que no podemos olvidar a la hora de pensar nuestra proyección misionera. Enumero algunos de ellos que considero más relevantes.

- a. *La atención a la realidad.* Me refiero, sobre todo, a la situación de las personas de aquellos pueblos o lugares donde estamos viviendo. La relación cordial y abierta con estas personas abre nuestra inteligencia y nuestro corazón para captar sus esperanzas y sus temores, sus alegrías y sus sufrimientos. Sentir a estas personas como parte fundamental de nuestra vida es el primer paso para emprender, junto con ellas, la construcción del Reino. La predicación, la

liturgia, la catequesis y muchas otras actividades no van a encontrar sintonía y resonancia en sus vidas si no nacen de este “diálogo de vida”. Junto a ello, es igualmente importante no perder de vista que esta pequeña porción del mundo que constituye el ámbito de nuestra experiencia cotidiana, forma parte de una realidad mucho mayor que la condiciona y la determina, para bien y para mal. En nuestra atención a la realidad no puede faltar nunca el estudio de sus dimensiones culturales, políticas, económicas y de otros aspectos que nos ayudan a entender mejor el porqué de las situaciones que vivimos y descubrimos.

- b. *Las aportaciones desde la reflexión teológica y pastoral.* Es otro aspecto importante. No podemos vivir anclados en esquemas que tuvieron su razón de ser en otros tiempos, pero que difícilmente van a impulsar hoy la creatividad misionera. El estudio de las aportaciones que nos hacen quienes se dedican al ministerio de la reflexión teológica nos ayuda también a identificar mejor las preguntas que hay que asumir y a encontrar las respuestas necesarias. Del mismo modo creo que es imprescindible seguir con atención la evolución del pensamiento y de otras manifestaciones culturales (literatura, arte, música, etc.) en este momento histórico que nos toca vivir porque ofrecen siempre nuevos estímulos para la tarea misionera. Todas estas aportaciones provocan, al mismo tiempo, preguntas inquietantes sobre la naturaleza y los métodos de la misión de la Iglesia en las nuevas situaciones en que se encuentra.

- c. *El testimonio de personas, cristianas o no, que suscitan esperanza.* Hay personas que son capaces de cuestionar la situación de nuestra sociedad y de indicar horizontes donde se descubren hermosos signos de esperanza. A través de ellas actúa y nos habla el Espíritu del Padre. Pienso, por ejemplo, en personas como Monseñor Óscar Romero, el hermano Roger de Taizé, la Madre Teresa de Calcuta, Edith Stein, por citar algunos nombres conocidos. Pero pienso también en personas como Mahatma Gandhi, Martin Luther King, Julius Nyerere, Nelson Mandela y otras muchas. Todos, ellos y ellas, y otros muchos que conocemos y admiramos -algunos, muy cercanos a nosotros, cuyos nombres no aparecerán nunca en los medios de comunicación social- son puntos de referencia importantes cuando nos ponemos a pensar qué significa hoy anunciar el Evangelio y construir el Reino. Ensanchan nuestro horizonte y cuestionan frecuentemente la estrechez de nuestra perspectiva.
- d. *El discernimiento de la comunidad.* El Señor nos habla también a través del discernimiento de la comunidad. Las distintas sensibilidades que se encuentran en la comunidad, cada vez más intercultural, nos ayudan a analizar mejor las situaciones y el modo que tenemos de afrontarlas. Es un ejercicio de discernimiento que busca su inspiración en la Palabra de Dios, que no puede estar nunca ausente de este proceso. Conducidos por ella dejamos que las voces y los signos que provienen de la realidad que nos circunda penetren en nuestros corazones. En la oración

y el diálogo de la comunidad se van purificando nuestras valoraciones, sincerando nuestras actitudes y superando nuestros miedos. Un buen discernimiento comunitario es un punto de referencia importante para poder dar continuidad a acciones pastorales que, de lo contrario, se quedan en meras actividades ligadas a una sola persona, sin garantías de la necesaria continuidad para que puedan llegar a ser verdaderamente transformadoras. La comunidad no podrá nunca estar ausente en una reflexión sobre nuestra proyección misionera.

2. LAS NUEVAS PREGUNTAS QUE NOS INQUIETAN

Todos estos elementos que he enumerado suscitan en nosotros deseos sinceros de asumir con entusiasmo la misión y de entregarnos con generosidad a las tareas que nos han sido confiadas para llevarla a cabo. Nos sabemos misioneros y estamos contentos de haber sido llamados por Dios a vivir esta vocación concretamente en la comunidad claretiana.

Pero, al mismo tiempo, surgen dentro de nosotros muchas preguntas que nos obligan a repensar constantemente cómo expresar hoy esta misión que constituye el núcleo fundamental de nuestra vocación. Quiero recoger algunas de estas inquietudes. Lo hago desde mi propia experiencia personal y también haciéndome eco de largas horas de diálogo con muchos de vosotros y con bastantes colaboradores muy cercanos. Se trata de preguntas que varían según el

contexto donde vivimos y trabajamos o según el ministerio que nos ha sido confiado. Son cuestiones que, por una parte, estimulan la creatividad misionera, pero que, en algunas ocasiones, nos pueden llevar al desánimo o suscitar en cada uno de nosotros y en la comunidad un cierto desconcierto a la hora de orientar la actividad misionera.

Confrontados con un mundo donde, desgraciadamente, la exclusión es un fenómeno cada vez más presente y en el que millones de personas no cuentan con los recursos suficientes para vivir, nos preguntamos: ¿Cómo ser signos creíbles del amor de Dios entre los pobres y excluidos de este mundo globalizado? Nos pesa, a veces, la seguridad de que disfrutamos y constatamos cómo debilita la credibilidad de nuestro anuncio misionero. Descubrimos en algunos sectores de la misma Iglesia complicidades que nos alejan de quienes sufren los efectos de las situaciones de exclusión y de injusticia. No podemos negar que, a veces, nos molesta asumir en la propia vida las exigencias de una cercanía verdadera a los pobres y excluidos. Nos preguntamos para qué sirve la tarea misionera si es incapaz de acercar el mundo al proyecto de Dios para todos sus hijos e hijas. Las palabras de Jesús que nos narra el Evangelio de Lucas (cf. Lc 4,18-21) y que inspiraron la vida misionera del P. Fundador, llegan con fuerza provocadora a nuestra mente y a nuestro corazón.

La revolución en el sistema de comunicaciones a nivel mundial ha posibilitado un mayor conocimiento de las demás Tradiciones religiosas y nos ha acercado a las riquezas culturales de los pueblos. Por esto, al ser enviados a estos pueblos, nos preguntamos: ¿Qué significa anunciar

la Palabra de Dios a personas que han vivido una profunda relación con Dios a través de otras mediaciones? ¿Qué les aporta o les debe aportar el anuncio del Evangelio a pueblos que han construido su cultura y su historia desde Tradiciones religiosas distintas a las nuestras? Jesucristo es también “don del Padre” para estas personas y estos pueblos. ¿Qué tipo de presencia y qué dinamismo de misión nos están pidiendo estas situaciones? Sabemos que hay quien cuestiona la misión “ad gentes”. Se prefiere hablar de la “missio inter gentes” ¿Cómo vivir la vocación misionera desde la dinámica del diálogo sincero y profundo con las otras Tradiciones religiosas? ¿Cómo han afectado estos encuentros nuestra propia experiencia de Dios y nuestro modo de vivir la misión?

En muchos lugares de nuestro mundo los procesos de secularización están forjando una cultura ajena al universo de la fe y, por consiguiente, al mensaje que proclama la Iglesia. Desapareció la agresividad, pero nos hemos encontrado con la indiferencia. Muchos de nosotros estamos viviendo en estos ambientes culturales y recibimos su impacto. Estoy convencido de que el fenómeno de la increencia o de la indiferencia religiosa no es solamente un problema pastoral, sino que lo es también existencial porque nos afecta e influye en nuestra experiencia de fe y en nuestra visión del ser humano, de la sociedad y de la historia. Nos cuesta crear espacios para un diálogo significativo con quienes se han alejado del universo de la fe, un diálogo en el que encuentre también su lugar el testimonio de fe. No es fácil dar con el lenguaje adecuado. Al mismo tiempo, en este diálogo se ve cuestionada nuestra propia vida y su ca-

pacidad de manifestar que Dios es el absoluto en quien creemos y a quien nos confiamos totalmente. Aparecen muchos otros apegos que ensombrecen este testimonio. ¿Sentimos la urgencia de proclamar el Evangelio? ¿Estamos convencidos de que es necesario, de que estas personas necesitan que se les ofrezca la oportunidad de un encuentro con Jesús? ¿Estamos dispuestos a asumir las consecuencias de una “nueva evangelización” que vaya más allá de la recuperación de espacios perdidos por la Iglesia y sea profundamente transformadora? ¿Sabemos evangelizar siendo “amigos” de quienes no comparten nuestra visión del hombre y del mundo y, al mismo tiempo, manteniéndonos fieles a la misión que nos ha sido confiada?

Por otra parte, nos encontramos con los avances de la ciencia que cuestionan muchas certezas y exigen repensar muchas cosas que hemos estado diciendo o el modo como las hemos presentado. No podemos negar que hacen surgir dentro de nosotros preguntas ante las que nos sentimos un tanto desprotegidos o, cuanto menos, desorientados. Algunos caen incluso en la tentación de ignorarlas. Pero son cuestiones que van haciendo mella en la conciencia de la gente, que sigue buscando, sin embargo, un horizonte que les ayude a descubrir la verdadera dignidad de la persona más allá de las conclusiones a las que puedan llegar los descubrimientos científicos más recientes. Es un desafío tremendo a la evangelización y una oportunidad de purificar muchos elementos del mensaje que se han venido repitiendo y que ya no entran ni en la mente ni el corazón de las nuevas generaciones. ¿Cómo asumimos estos interrogantes?

¿Cómo nos integramos, desde nuestra identidad cristiana y religiosa, en los esfuerzos de la humanidad, por lo menos de muchas personas, por construir un mundo más fraterno y solidario más respetuoso de la naturaleza? ¿Estamos verdaderamente convencidos de que esto forma parte de nuestra misión, de que es también evangelización, una dimensión fundamental de ésta? Son numerosos los grupos y las personas que buscan un mundo diverso, más de acuerdo con la dignidad del ser humano y, por lo tanto, más cercano al proyecto de Dios. Se están abriendo espacios importantes de participación en foros mundiales en los que se decide la suerte de muchos millones de personas. ¿Sentimos la necesidad de hacernos presentes en ellos como expresión válida y legítima de nuestra vocación misionera? O, por el contrario, ¿vemos estas iniciativas como algo que nos aparta de lo que creemos que nos corresponde como evangelizadores? Son cuestiones que tocan aspectos fundamentales de nuestra identidad y que piden clarificaciones, tanto a nivel teórico como existencial. Hay que buscar nuevos modelos de espiritualidad que nos ayuden a integrar estas dimensiones tan importantes para la construcción del Reino de Dios.

Pero, incluso limitándonos a la esfera del trabajo estrictamente pastoral de servicio a la comunidad cristiana, hay varias preguntas que nos hacemos. ¿Qué nos está moviendo verdaderamente en nuestro trabajo pastoral? ¿Es el “Caritas Christi urget nos” que movía al P. Fundador? Andamos, a veces, muy preocupados por el mantenimiento de las estructuras eclesiales, por los números, por las valoraciones que se nos hacen desde otras instancias de la sociedad. Es, ciertamente, nece-

saría una atención generosa a quienes participan habitualmente en la vida de la parroquia y de la comunidad cristiana, una atención que potencie la capacidad evangelizadora de estas personas. Observo en las visitas y encuentros una opción decidida por la multiplicación de evangelizadores y por una formación cristiana sólida de quienes han sido confiados a nuestro cuidado pastoral. Los proyectos de pastoral bíblica, la atención a las comunidades eclesiales de base, el acompañamiento de los grupos juveniles, etc. son pruebas de ello. Sin embargo, descubro también un cierto desánimo al ver que, con frecuencia, no se encuentra la respuesta esperada. ¿Hacia dónde se orientan nuestras opciones pastorales? ¿Dónde nos ubicamos? ¿Por qué nos da miedo dejar algunas posiciones y responder a situaciones más desafiantes pastoralmente? ¿Nos entusiasma verdaderamente la misión o existe el peligro de acabar siendo “funcionarios” de la Iglesia?

Son también muchos los lugares donde la participación en la liturgia y en la vida eclesial está llena de dinamismo. Allí nos preguntamos frecuentemente cómo superar una cierta dicotomía que descubrimos entre la fe y la vida. ¿Cómo hacer que lo celebrado sea resonancia de lo vivido y que la vida sea expresión de lo que se celebra? Nos preocupa que procesos que se han vivido en otras partes se vayan a repetir en estos lugares; pero nos cuesta, a veces, asumir nuevos planteamientos pastorales. Todavía se observa un cierto clericalismo que puede resultar negativo para la construcción de una Iglesia dispuesta a buscar nuevas respuestas ante los nuevos desafíos.

Nos preguntamos sobre la capacidad evangelizadora de algunas de nuestras estructuras pastorales: centros de enseñanza, proyectos de promoción humana, atención a grupos marginales, las diversas iniciativas en el mundo de los medios de comunicación social y las nuevas tecnologías de la comunicación, los Centros Superiores de estudios eclesiásticos, etc. Si seguimos presentes en ellas es porque las consideramos plataformas evangelizadoras. En ellas recogemos también muchos cuestionamientos que nos obligan a repensar constantemente el sentido de la evangelización y los métodos más apropiados para mantener su dinamismo misionero. Nos preocupa su ubicación y sus destinatarios. ¿Llegamos a quienes más nos necesitan? ¿Son estas estructuras plenamente transparentes a los valores del Evangelio? ¿Capacitan a quienes se benefician de ellas para ser transformadores del mundo para acercarlo más al proyecto de Dios, nuestro Padre?

Nos sentimos acompañados y estimulados por las orientaciones que nos dan el Papa y muchos de nuestros Pastores y por el testimonio de tantos grupos eclesiales que cooperan generosamente al anuncio del Evangelio. El testimonio martirial de muchas iglesias sigue siendo fuente de credibilidad de la misión de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, constatamos cómo situaciones eclesiales lejanas de los verdaderos valores del Evangelio o conductas reprochables o escandalosas por parte de quienes han recibido un ministerio en la comunidad eclesial han producido un efecto tremendamente negativo dentro de la misma comunidad cristiana y para el desarrollo de la misión de la Iglesia en el mundo. ¿Cómo podemos colaborar en la recuperación de la credibilidad eclesial?

Y, sobre todo, queda siempre la pregunta sobre aquello que constituye el núcleo fundamental de la evangelización: ser instrumentos del encuentro de las personas con Jesucristo, Palabra del Padre que expresa la incommensurable profundidad de su amor. ¿Cómo presentamos a Jesús? ¿Están verdaderamente Él y el proyecto del Reino en el centro de nuestro compromiso evangelizador? La adhesión cordial a Jesús y al Reino es la meta del camino que estamos llamados a recorrer en la tarea evangelizadora. Nos damos cuenta de que, con frecuencia, hemos insistido mucho en la doctrina y hemos descuidado el acompañamiento hacia una experiencia profunda de Dios. Parece como si hubiéramos querido suplantar la acción de Jesús y de su Espíritu, los verdaderos mistagogos del camino de la fe. Nos preguntamos por qué después de haber dedicado tantos esfuerzos a la educación de la fe, se da con tanta frecuencia el alejamiento de la comunidad cristiana de muchas personas. Parece que, a veces, ya no transmitimos aquel entusiasmo que se contagia a los demás o no transparentamos aquella profunda paz de espíritu que invita a otros a emprender el camino. ¿Cómo es nuestra catequesis? ¿Qué experiencia de Dios transmite nuestra vida?

Podríamos seguir recogiendo muchas más inquietudes. Todo esto puede motivar la creatividad y el dinamismo en la proyección misionera de la Congregación o, por el contrario, suscitar un cierto pesimismo que no nos dejaría vivir con gozo la misión. Es importante tomar conciencia de ello y buscar respuestas que “nos convenzan” y “nos muevan”. El propósito de esta carta es animar a todos a caminar por una senda que nos conduzca a un compromiso más audaz

y generoso por anunciar a Jesucristo y colaborar decididamente a la construcción del Reino de Dios.

Queda, sin embargo, una pregunta que no podemos obviar. Surge en torno a nuestro propio estilo de vida y a los instrumentos que escogemos para llevar a cabo nuestra misión. Por una parte, ¿es nuestra vida realmente una parábola del amor de Dios por su pueblo, de la compasión de Jesús por quienes estaban necesitados de su palabra y de su presencia? Observo en no pocas ocasiones una especie de reticencia a “estar presentes entre la gente”. Parece que hemos entrado en una cierta dinámica “profesional” que distingue excesivamente entre las “horas de servicio” y los “tiempos propios”. Hacernos transparentes al amor del Padre y dejar que nuestra consagración sea el único criterio que conforme nuestro estilo de vida es un desafío grande y constituye una condición fundamental para dar credibilidad al trabajo misionero. No voy a negar la necesidad de momentos de oración, estudio, descanso o de convivencia comunitaria. Al contrario, los juzgo imprescindibles. Tampoco considero positivo no respetar los espacios reservados a nuestra vida familiar-comunitaria. La pregunta surge más en torno a un estilo de vida que nos puede alejar de la gente a quienes hemos sido enviados. Del mismo modo, nos preguntamos sobre la elección de los instrumentos para nuestra tarea evangelizadora y sobre la ubicación de nuestras obras. Debemos estar siempre muy atentos a la posible desviación de nuestros criterios de los valores fundamentales del Evangelio y al peligro de su acomodación a otros parámetros de valoración más comunes en nuestra sociedad pero alejados de la “eficacia evangélica”.

Recogiendo todas estas inquietudes y otras muchas que cada uno lleva dentro de su corazón, miremos de reflexionar sobre los horizontes de la misión de la vida consagrada y de las características que nuestra propia proyección misionera claretiana debería tener para ser evangélicamente significativa y eficaz en el mundo de hoy.

II. NUEVOS HORIZONTES PARA LA MISIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA

En el mes de mayo del año 2011 la Unión de Superiores Generales (USG) centró la reflexión de su Asamblea semestral en torno a la identidad y significatividad de la vida religiosa apostólica en el mundo de hoy. Se abordó el tema desde la dimensión de la espiritualidad, de la fraternidad y de la misión. Precisamente me tocó a mí introducir la reflexión en torno al tema de la misión. Quiero compartir de algún modo con todos vosotros lo que presenté en aquella ocasión, porque considero que nos ofrece un marco amplio dónde situar la reflexión específica sobre las características de nuestra propia misión claretiana. Todas las Órdenes y Congregaciones religiosas están preocupadas por el tema de la misión y buscan cómo expresar hoy el carisma que recibieron para el bien de la Iglesia y del mundo ¹.

Ante todo, hemos de tener presente que cuando hablamos de “*misión*” estamos, obviamente, hablando de algo más que de unas actividades apostólicas. La misión va más allá de las obras apostólicas concretas, pues articula diferentes dimensiones de nuestra vida, toda ella llamada a ser anuncio de la novedad del Reino de Dios. La

¹ En esta segunda parte sigo pues, básicamente, la reflexión que presenté en aquella asamblea de la Unión de Superiores Generales. IDENTIDAD Y PROFECÍA. TEOLOGÍA DE LA VIDA CONSAGRADA HOY. USG, Asamblea semestral; mayo 2011.

misión está en el centro de la vida consagrada y de la identidad de cada Instituto ².

La misión fundamental de la vida consagrada y de cada Instituto es la misión de la Iglesia, la única que Jesús confió a sus discípulos. En este sentido, es “nuestra” misión, pero con un “nosotros” que supera los límites de nuestra Congregación o de cualquier otro Instituto religioso. Es la misión de la Iglesia que, fiel al mandato de Jesús, sigue anunciando el Evangelio del Reino a todos los hombres y sirviendo a la causa de aquellos a quienes, según el mismo Jesús, les pertenece: los pobres, los pacíficos, los que trabajan por la justicia, los que sufren. Es la misión que Jesús confió a sus discípulos y que está expresada en el Evangelio a través de diferentes “mandatos misioneros”: proclamar la Buena Nueva a todos los pueblos (cf. Mt 28,18; Mc 16,15); ser testigos de la Resurrección (cf. Lc 24,46-48; Hech 1,8); ser portadores de paz y reconciliación (cf. Jn 20,21-23); curar a los enfermos y ayudar a los excluidos (cf. Lc 10,1-9); ser luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16); amarse los unos a los otros con el amor con que Jesús mismo amó (cf. Jn 13,34-35), etc. Se trata de una misión que tiene diversas dimensiones y que asume formas diversas en los distintos contextos en que se lleva a cabo. En último término, se trata de la misión de Jesús, que Él mismo presentó a través de las palabras del libro del profeta Isaías que proclamó en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha unguido. Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a

2 Cf. VITA CONSECRATA n. 25 y otros..

proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

Es más, se trata también de la misión que Dios confió a toda la humanidad de tener cuidado de su creación y de construir una historia fraterna y solidaria, tal como descubrimos en los relatos de la Creación y a través de las páginas de la Escritura, especialmente en la predicación de los Profetas.

Pero, para entender correctamente el tema de la misión, hemos de recuperar su raíz trinitaria. La misión nace de las entrañas mismas de Dios Abba. El Abba engendra al Hijo en la eternidad y nos lo envía para que se encarne en la historia. El Hijo es el Enviado, y lleva a cabo la misión que el Padre le ha confiado. Pero esta misión “filial” no es la única que nace de las entrañas de Dios; hay otra que brota del Hijo como agua viva (cf. Jn 7, 37-39) y que procede del Padre (Jn 15,26): es la misión del Espíritu. Ésta sigue actuándose en la historia del mundo hasta el final ³.

La misión surge, pues, de la experiencia de un Dios que es comunión y comunicación, que es amor y nos llena de ese amor, que en nosotros rebosa y quiere comunicarse. El mandato misionero de Jesús es una resonancia de la comunión del amor trinitario, una invitación a darle, bajo el impulso del Espíritu, una expresión concreta en el tiempo y el espacio. La Iglesia solo tiene sentido como instrumento

3 Cf. Misioneros Claretianos. “*Hacer con otros*”, *fundamentos de la misión compartida*. Editorial Claretiana. Buenos Aires, 2006, pags.20-21.

de la comunicación de este amor. De este modo participa de la “Missio Dei”, aunque no la agota ni la monopoliza.

A esta misión “nos sumamos”. La vida consagrada y cada Instituto en particular deberemos dar visibilidad a lo que nos corresponde en la realización de la misión de la Iglesia. Tendremos que ver qué le toca aportar a cada uno, cómo armonizar los carismas, cómo articular las acciones en favor de un proyecto común que es decisivo para el futuro de la humanidad.

1. CUESTIONAMIENTOS A LA MISIÓN EN ESTE MOMENTO HISTÓRICO

Voy a intentar recoger algunos de los cuestionamientos más importantes para la misión de la vida consagrada y los horizontes o caminos de futuro que se intuyen. Lo hago desde la perspectiva que sobre la vida consagrada nos ofreció el Congreso del año 2004: una vida caracterizada por “la pasión por Cristo y la pasión por la humanidad”. Se trata, ante todo, de traer al centro de nuestra preocupación y reflexión la vida de la gente, sus esperanzas y sus luchas, sus intuiciones y sus preguntas. Queremos mirar al mundo con los ojos compasivos de nuestro Señor y dejarnos guiar por esta compasión en la definición de nuestra respuesta a los desafíos que nos presenta. Los iconos de la samaritana y del samaritano siguen siendo puntos de referencia de nuestra reflexión. Seguimos considerando necesario armonizar dinámicamente una misericordia contemplativa y una contemplación comprometida. Entendemos, con *Vita Consecrata*, que la vida consagrada debe seguir siendo una epifanía del amor de

Dios, y somos muy conscientes de que esta manifestación se realizó y se realiza siempre a través de la kénosis.

Pienso que quizás la palabra que sintetice mejor los diversos aspectos de los cuestionamientos que hoy se perciben sea la palabra “*cambio*”. De hecho, no es nada nuevo porque en todas las épocas se han vivido cambios importantes, tal como nos enseña la historia, incluso de nuestra propia familia religiosa. Pero existe una conciencia de que estamos atravesando un momento en que este cambio se ha acelerado y de que sus consecuencias se dejan sentir también de un modo muy fuerte en la vida religiosa y en su proyección apostólica.

Se está dando un cambio en clave de época: estamos verdaderamente cambiando en términos de valores, de relaciones y de instituciones y sistemas. Todos lo experimentamos y vemos cómo asume, en los distintos contextos, expresiones diversas a las que frecuentemente no nos resulta fácil ponerles nombre.

Estas transformaciones son generadoras de crisis y las crisis producen inseguridad. Son tiempos en que se ahonda la desconfianza en las instituciones vigentes, que contribuyeron al desarrollo de la situación actual y que ante esta transición epocal se perciben como un freno u obstáculo. Es un fenómeno que experimentamos tanto en el ámbito de la sociedad en general como de la Iglesia y de la misma Vida Consagrada.

Pero las crisis despiertan igualmente una nueva conciencia que genera expectativas, sobre todo en aquellas personas que han experimentado desigualdad, opresión y

exclusión en las instituciones existentes y, por ello, urgen a ensayar nuevas formas que busquen superar dichas situaciones mediante una inclusión participativa. De ahí, el desafío de acompañar a estas personas y grupos, de ayudar a mantener viva su esperanza, de no defraudar con nuestra inhibición unos esfuerzos generosos y llenos de audacia. ¿Somos verdaderamente conscientes de este cambio? ¿Cómo lo estamos viviendo?

Es importante tratar de identificar los cuestionamientos más radicales que dicho cambio comporta para cada uno de nosotros y para nuestras comunidades y su misión. El primer paso no puede ser otro que mirar al mundo que nos rodea e intentar identificar algunas manifestaciones más importantes de este cambio. Tendremos que intentar poner nombre a los miedos y esperanzas que los cuestionamientos que surgen de ellas suscitan en nosotros y en nuestras comunidades. Debemos hacer, además, un ulterior esfuerzo de reflexión y creatividad para dar con unas respuestas que hablen al corazón del hombre de hoy y cumplan la misión de ser elementos transformadores de la cultura (cf. EN. 20). Me atrevo señalar cuatro expresiones de este cambio que se presentan llenas de cuestionamientos para quienes hemos sido llamados a la vida misionera.

1.1 *La globalización*

Un primer aspecto que caracteriza el momento histórico en que vivimos es la globalización, que ha suprimido distancias y ha acercado a personas y pueblos, y que puede poner en marcha acciones y movimientos de diversa índole que rápidamente superan las fronteras na-

cionales y culturales. Se trata de una realidad ambigua, con grandes potencialidades para la creación de fuertes redes de solidaridad, pero con la amenaza real de ser manipulada por quienes ostentan el poder con el fin de consolidarlo y multiplicarlo. De hecho, hemos visto, por ejemplo, cómo permite a quien tiene dinero multiplicar sus recursos en un mercado que se puede controlar sin viajar a ninguna parte, lejos, por lo tanto, de las personas que van a sufrir las consecuencias de decisiones que se toman en función de una mayor ganancia. El grito de los excluidos no se escucha directamente y sus rostros solamente se contemplan a distancia. La globalización está resultando excluyente y pretende imponer modelos de pensamiento y valores. Se expresa también a través de movimientos migratorios cada vez más numerosos que están cambiando la geografía humana de nuestro mundo. Las periferias de las grandes ciudades se convierten en zonas difíciles de definir culturalmente y en lugares con alto riesgo de conflictividad. La globalización se presenta como un fenómeno que tiende a nivelar todo desde unos parámetros impuestos que no respetan la diferencia y excluyen a quien no se adecua a ellos.

¿No es verdad que este fenómeno de la globalización lo vivimos también, de algún modo, en la Iglesia y en nuestra propia Congregación, cada vez más pluriculturales y pluricéntricas? Tanto la Iglesia como la vida religiosa y nuestra propia Congregación tenemos una larga experiencia de “catolicidad”. No podemos negar, sin embargo, que en esta historia han existido imposiciones y exclusiones. Las sentimos con dolor y hemos intentado aprender de ellas. Construir una comunión que integre las diferencias

es uno de los grandes desafíos de nuestras propias comunidades. En este ejercicio paciente y amoroso aprendemos el lenguaje con el que podemos hablar de un modo creíble a nuestro mundo globalizado. También descubrimos en este camino los escollos que hay que superar para ser capaces de vivir y construir una comunión integradora.

En último término, todo esto nos va a obligar a pensar cómo, desde nuestra vida y nuestras obras, podemos ser parábolas que despierten en otros el anhelo de aquella comunión que respeta e integra las diferencias. Tendremos que pensar cómo la vivencia de los votos y la experiencia de vida fraterna en comunidad pueden convertirse en signos que hablen de inclusión y solidaridad en nuestro mundo globalizado.

1.2 *El pluralismo cultural y religioso*

Otro fenómeno que cuestiona nuestra proyección misionera es la nueva conciencia en torno al pluralismo cultural y religioso. Precisamente la globalización ha puesto en contacto una gran diversidad de culturas y de religiones. Por otra parte, la tentación a nivelar excluyendo lo diverso, inherente al proceso globalizador, ha producido unos movimientos fuertes de afirmación de las culturas que exigen respeto y que intentan protegerse, a veces incluso con acentos fundamentalistas, al sentirse amenazadas por otras culturas dominantes.

El diálogo intercultural e interreligioso es tan apasionante como difícil. La historia misionera de muchos la Iglesia nos alerta sobre ello. La nueva conciencia en

torno al pluralismo cultural y religioso suscita cuestiones que nos inquietan. En un mundo sustancialmente marcado por el pluralismo religioso tiene nuevas resonancias la proclamación del mensaje cristiano de que Dios nos salva en Cristo. En medio de unos nuevos paradigmas antropológicos, culturales, sociales y religiosos, la Iglesia afronta nuevos desafíos misioneros. El diálogo con las culturas y, sobre todo con las otras Tradiciones religiosas, nos descubre nuevos modos de plantear las preguntas fundamentales de sentido y nos permite asomarnos a la belleza de las respuestas que se han ido dando a lo largo de la historia. La experiencia de la fraternidad universal se ensancha y fortalece y, contemporáneamente, se profundiza la experiencia de la paternidad/maternidad de Dios. Acompañados por Jesús, vamos reconociendo el amor del Padre en las “palabras” que han ido llenando de sentido y esperanza el caminar de tantos hermanos y hermanas nuestros. Vivir como discípulos de Jesús para que todos tengan vida es la gran tarea, que sólo se puede desarrollar creíblemente desde una total gratuidad. Una vida completamente entregada a Dios debería crear en los religiosos una sensibilidad especial para saber captar los signos de su presencia y una capacidad fuerte de secundar las llamadas que Él nos dirige a través de las riquezas de las culturas y las Tradiciones religiosas con que nos encontramos. Debería ser parte de nuestro servicio a la Iglesia.

¿No nos estará pidiendo esta nueva conciencia saber caminar más decididamente en doble sentido? Por una parte, caminar junto con los creyentes de otras Tradiciones religiosas y con las personas que tienen un universo cultu-

ral distinto, *hacia Jesús*, “Camino, Verdad y Vida”, que nos revela el Corazón del Padre y nos invita a formar parte de la nueva comunidad del Reino de Dios. Por otra parte, saber ir, *con Jesús y desde Él*, al encuentro de la experiencia religiosa y humana de estas personas y estos pueblos, y descubrir en ella el rostro misericordioso del Padre que nos invita a ensanchar nuestra mirada y nos posibilita conocerlo más profundamente como lo que realmente es: Padre/Madre de todos. Todo esto tiene sus repercusiones en nuestro modo de vivir la consagración y de orientar la acción misionera.

1.3 *El desafío de la secularidad*

Uno de los rasgos que marca la cultura desde hace ya muchos años, sobre todo en algunas zonas del mundo pero con una fuerza expansiva imparable, es la de la fuerte afirmación de la autonomía de lo secular. Lo hemos comentado infinidad de veces en nuestras reuniones y asambleas. Es más, hablamos de procesos de secularización que están cuestionando la religiosidad tradicional y el modo de vivir la fe de muchas personas. En muchas de ellas ha supuesto, incluso, una desaparición del sentido trascendente en el horizonte de sus vidas. Es algo que se va traduciendo en la construcción de una cultura y un mundo en el que Dios ya no es necesario y en el que ni siquiera se considera ya conveniente su presencia.

De todos modos, la secularización es un proceso que tiene también su vertiente positiva; implica el reconocimiento de la libertad, de la dignidad y de la autonomía del hombre y sus derechos. La secularización es una gran oportu-

tunidad de purificación de la imagen de Dios y de las funciones de lo religioso. Purifica lo religioso de la manipulación social, política, ideológica. Sitúa lo sagrado y lo santo allí donde lo coloca el Evangelio y la experiencia de Jesús. La secularización se hace, sin embargo, negativa cuando renuncia a la apertura hacia Dios, al contacto con Él. A partir de este momento ofusca el horizonte de la vida del ser humano y lo encierra en un espacio donde se hace difícil la experiencia del amor de Dios, que capacita para amar y llena de sentido y esperanza la vida de las personas. La secularización nos ha afectado también a las personas consagradas: no es solo un problema pastoral, sino que lo es también existencial porque entra dentro de nosotros con el aire que respiramos.

La vida consagrada ha vivido su relación con el mundo de modos diversos en las distintas épocas de la historia. Hubo, en un primer momento, la “fuga mundi”; se pasó a querer “recrear el mundo” que se rompía con la caída del orden social establecido y sus instituciones; se acentuó el “conquistar el mundo” para Cristo a través del despliegamiento misionero; las Congregaciones con sus carismas han intentado “servir al mundo”; se ha acentuado el “confrontar al mundo” denunciando aquellas formas de organización y dominio que provocaban exclusión en muchos, etc. En cada una de estas formas de relación con el mundo hay un modo peculiar de entender el mundo y la misión de la Iglesia. La vida consagrada ha ido aprendiendo a mirar el mundo de un modo nuevo y a construir una relación amiga con él, porque sabe que es el mundo “amado por Dios hasta darle a su propio Hijo”. La relación con el mundo es un elemento impor-

tante a la hora de pensar la misión de la vida consagrada. Comprometerse con el mundo no es claudicar ante el desafío de la secularización. La vida consagrada quiere ser capaz de seguir provocando la pregunta sobre Dios, pero quiere y debe hacerlo de modo que sea inteligible a los hombres y mujeres de las sociedades secularizadas. La espiritualidad se ha encarnado mucho más en la vida y los religiosos hemos comprendido que la conexión con el misterio de Dios no se da solo en los espacios sacrales, sino allí donde nuestro Dios se encarna: lo que hicisteis a uno de estos mis pequeños hermanos, a Mí me lo hicisteis (cf. Mt 25,31-46).

Todo ello tiene también relación con la vivencia de la dimensión escatológica inherente a la vida consagrada. Ésta es testimonio del mundo futuro, anticipa y visibiliza los bienes que esperamos. Cuanto más intensa es la esperanza en la vida futura, más nos comprometemos con la transformación del mundo presente según el plan de Dios. De este modo asumimos esta dimensión tan fundamental de la vida consagrada.

Sentimos la responsabilidad de pensar qué significa para nosotros el desafío de la secularidad: de qué forma pueden nuestra vida y nuestras actividades apostólicas suscitar la pregunta sobre Dios y ser signo escatológico, superando cualquier tipo de dualismos que empañan la verdadera imagen de Dios y del ser humano. La realidad de nuestro mundo nos invita a buscar un lenguaje capaz de comunicar la riqueza del mensaje del Evangelio en la cultura secularizada y en los diversos ambientes culturales en que nos encontramos.

1.4 *En busca de una verdadera armonía*

Se ha repetido con frecuencia que la fragmentación es otra de las características de este momento cultural, algo que quizás se ha venido acentuando en la que llamamos cultura posmoderna. Se trata de una característica que se vive en el ámbito personal, comunitario, eclesial y social, con diversos matices según los lugares. Parece que las certezas que constituían el centro integrador de la vida de una persona o que daban un fuerte sentido de identidad a quienes formaban parte de un grupo o comunidad, no resisten las sacudidas de las nuevas corrientes culturales. Por otra parte, vemos a la comunidad humana rota por una escalada interminable de escandalosas desigualdades que contrastan con la sed de comunión que existe en el corazón de cada ser humano y son causa de violencia y muerte. Reconstruir la armonía en los diversos ámbitos de la vida se presenta como un desafío urgente.

No nos preocupan las diferencias. Al contrario, son una experiencia de belleza porque revelan la armonía que Dios nos entregó en su Creación. Nos desgarran, sin embargo, el corazón ver esta armonía rota por el egoísmo y la codicia de quienes se sienten dueños de aquello que Dios nos dio para compartir. Sentimos la nostalgia de aquella armonía que sabe conjugar la diversidad y hace que todos se sientan partícipes de la misma herencia, porque saben mirar la realidad desde Dios. La vida religiosa es también un camino para reconstruir esta armonía: en el corazón de la persona, en las relaciones entre las personas y los pueblos, en la gozosa experiencia de formar parte del universo maravilloso que salió de las manos de Dios y en el que todos sentimos

necesidad de los demás. Ponernos al servicio de esta armonía es un modo de vivir nuestra vocación en el mundo. Pero hemos de tener muy presente que la verdadera armonía se construye desde abajo, surge cuando los “excluidos” se sienten “incluidos”, y cuando la justicia y la fraternidad se declinan en la cotidianidad de la vida. Sabemos que la verdadera comunidad cristiana es aquella en la que los pequeños ocupan el centro y, por ello, es capaz de vivir en una verdadera armonía (cf. Mt 18, 1-5).

Sentimos la urgencia de escuchar e incorporar en nuestras reflexiones y en nuestra proyección misionera la vida integral de las personas y los pueblos, con atención particular a quienes han sufrido o sufren la exclusión o se ven condenados a vivir en medio de situaciones violentas. Este proceso de inmersión en las diversas situaciones y de diálogo con estas personas y grupos humanos nos sitúa ante nuevas preguntas y abre nuevos horizontes a nuestra proyección misionera. Nos pide nuevos lenguajes y obliga a buscar en cada lugar cómo poner al servicio de la vida de la gente y de la Iglesia el carisma de la vida consagrada y el de cada Instituto, también el nuestro.

Cada continente y cada pueblo aparecen con la riqueza de su sabiduría y con sus aspiraciones hacia el futuro; también con las heridas de una historia que ha tenido sus fases violentas y ha creado diversos tipos de exclusiones que siguen ensombreciendo su realidad. Algunos pueblos sufren de modo escandaloso las consecuencias de la injusticia existente en nuestro mundo. Todo ello nos cuestiona y nos pide la búsqueda de caminos para reconstruir la armonía.

2. BUSCANDO CAMINOS HACIA EL FUTURO

Invitando a todos a una reflexión compartida, voy a intentar presentar unas pocas indicaciones que nos ayuden a identificar algunos caminos de futuro para consolidar, como religiosos, una respuesta verdaderamente misionera a los desafíos que hemos identificado. Desde esta perspectiva procuraré, en el siguiente apartado, identificar las características de nuestra misión claretiana en el contexto actual. Cada uno de estos indicadores de futuro me suscita una serie de preguntas que os comparto también, porque creo que nos preparan para asumir con mayor conciencia y radicalidad las exigencias de nuestro carisma misionero en este momento histórico.

2.1 *Nuestra primera contribución a la misión: profundizar la dimensión teologal de nuestra vida*

Ante los desafíos que nos presenta la realidad nos sentimos verdaderamente pequeños. En algunas zonas vemos como el número de religiosos y religiosas está disminuyendo notablemente. Lo hemos constatado en muchas partes de nuestra Congregación. Las previsiones de futuro son, además, un tanto preocupantes. Por otra parte, parece como si nuestra presencia en las sociedades que han alcanzado un nivel notable de progreso económico y bienestar social se hiciera irrelevante. Los servicios que ofrecemos desde nuestras obras, los están ofreciendo también otros con buena calidad. Hay innumerables plataformas desde las que los jóvenes pueden dar cauce concreto a sus ideales de servicio a los demás y de compromiso por un mundo diverso. En lugares de presencia más reciente por parte de las Con-

gregaciones religiosas se están repitiendo esquemas de misión que, cuando también allí se opere un cambio social y cultural, podrían acabar en la misma encrucijada. ¿Cuál es, entonces, el sentido de nuestra misión? Al hacernos esta pregunta nos sentimos obligados a volver a lo más nuclear de nuestra vocación y recuperar aquella dimensión teológica que da sentido a nuestra vida y a todo lo que hacemos. Centrarnos en Dios y en su proyecto nos permite descubrir cómo recrear la relevancia de nuestras obras y actividades en un mundo que parece poder prescindir de Él o que, por el contrario, pretende, a veces, manipularlo.

La experiencia de Dios nos acerca a lo más nuclear de la persona, nos obliga a escuchar sus gritos y a sentirnos solidarios de sus búsquedas; nos hace discretos en el acompañamiento y nos ayuda a valorar la riqueza de las respuestas que las personas van encontrando en el camino. La experiencia de Dios nos obliga a acercarnos a los pobres y excluidos, nos invita a ser sus compañeros de camino y crea dentro de nosotros aquellos espacios de libertad necesarios para revisar nuestra vida y nuestras obras desde su situación. La experiencia de Dios despierta en nosotros una nueva conciencia ecológica y cósmica que nos hace sentir solidarios con toda la Creación y respetuosos con los dinamisismos que el mismo Creador puso en ella. Una profunda experiencia de Dios afina nuestra sensibilidad para saber captar su presencia en la vida de las personas y las culturas y ponernos a su servicio. Nos hace menos dogmáticos y más servidores. La experiencia de Dios es la única fuerza capaz de suscitar aquella esperanza que se mantiene firme a pesar de las dificultades y es siempre dinamizadora de un compromiso a favor de la vida.

Esta experiencia de Dios se da siempre en un contexto concreto y, por ello, se ve continuamente acechada por las preguntas y los cuestionamientos que surgen de él. En este sentido nos solidariza con las dudas y búsquedas de los demás y nos invita a compartir humildemente nuestra propia experiencia.

Nuestra primera contribución a la misión de la Iglesia será, pues, profundizar la dimensión teologal de nuestras vidas. La reflexión sobre la vida consagrada insiste en esta dimensión fundamental que no sólo se refiere al ámbito de la espiritualidad, sino que tiene un impacto decisivo sobre la proyección misionera de nuestras comunidades y sobre las actividades de nuestros Institutos.

Se nos pide, pues, una reflexión más profunda sobre la experiencia de Dios de los religiosos y de cómo ésta modela nuestras vidas y se expresa concretamente en nuestra proyección apostólica. Mirando el mundo desde Dios, escuchando atentamente lo que nos dicen nuestros compañeros y compañeras de camino en este momento de la historia, nos preguntamos: *¿Qué aspectos deberíamos privilegiar para dar una verdadera relevancia en sentido evangélico a nuestros proyectos misioneros en los distintos contextos en que vivimos y trabajamos? ¿Son capaces nuestra vida y nuestras actividades apostólicas de suscitar hoy la pregunta sobre Dios y acompañar a otros a la experiencia de su amor que libera y llena de esperanza?*

2.2 El diálogo como lugar propio de la misión

Se trata de pasar de una mentalidad que ve el diálogo simplemente como un “método” para el desarrollo de la misión a una visión del diálogo como el “lugar propio” de la misión. Ello supone, ante todo, traer la situación de la gente al centro de nuestras preocupaciones. Exige sumergirse de lleno en las preguntas que llenan la vida de las personas y buscar juntos las respuestas que pueden dar sentido a este momento de la historia. Nosotros lo hacemos llevando en el corazón, en las acciones y en las palabras el mensaje de Jesús, pero sabiendo que lo primero que hizo Jesús fue escuchar y hacerse parte de la historia de su propio pueblo, de la historia de la humanidad. Es un “diálogo de vida” que sabe escuchar y sintonizar, y que va descubriendo la palabra que puede y debe pronunciar en cada momento de modo que pueda ser verdaderamente portadora de vida.

Un diálogo sincero supone atención a la realidad, análisis y reflexión. Exige preparación y pide estar abiertos a las aportaciones de otras ciencias y corrientes de pensamiento en un esfuerzo de interdisciplinariedad que le da consistencia. No se puede llevar a cabo sin una gran humildad, reconociendo las propias limitaciones y haciéndose vulnerable a las preguntas y actitudes de los demás. Pedirá transparencia y sinceridad: no nos interesa aumentar nuestro ámbito de poder o influencia sino caminar juntos hacia la realización del sueño del Abba para sus hijos, para toda la creación. Se trata de un diálogo que no podrá darse si no existe dentro de cada uno de nosotros la profunda convicción de que en Jesús encuentran respuesta las inquietudes que acechan el corazón humano. Se trata de una convicción

que es solamente posible desde la experiencia concreta del encuentro con Jesús. En Él hemos encontrado la Palabra de Vida que llena de esperanza.

Es un diálogo que nos desplaza: hacia quienes viven en el seno de otras Tradiciones religiosas, hacia quienes tienen otros planteamientos en su vida, hacia las preocupaciones, esperanzas y luchas de unos y de otros. Nos des-centra de nosotros mismos para poder dirigir primordialmente nuestra atención a la vida y realidad del mundo; y de este modo, curiosamente, nos centra mucho más en el plan de Dios para sus hijos, en “las cosas del Padre” (cf. Lc 2,49).

El diálogo exige vivir abiertos a las sorpresas del camino y pide creatividad. La vida consagrada y cada uno de los Institutos que la encarnan saben que cuentan con un patrimonio maravilloso. Son muchos siglos de experiencia en el anuncio del Evangelio. Precisamente es este patrimonio el que nos da seguridad y serenidad para entrar en un diálogo abierto y sincero. Pero somos conscientes de la necesidad de un nuevo lenguaje que sea capaz de transmitir la riqueza inconmensurable y permanente del mensaje evangélico. Tenemos una Palabra que comunicar: la del Verbo de Dios que se ha hecho hombre, que es “Camino, Verdad y Vida”. Es una Palabra creadora y portadora de vida, que debemos seguir escuchando y descubriendo en todas sus resonancias en el corazón de las personas y en la vida de los pueblos. Es una Palabra que hemos meditado, vivido y anunciado en contextos muy diversos durante muchos siglos. Esto nos habilita para seguir buscando nuevas formas de expresarla y comunicarla. Sentimos la necesidad de decirnos de un modo

nuevo, más inteligible a las personas con quienes compartimos el quehacer de construir la historia hoy, con un lenguaje que sea capaz de tocar sus vidas. Sabemos que este nuevo lenguaje sólo puede ver la luz a través de un diálogo sincero y abierto con ellas, con sus luchas y conquistas, con sus interrogantes y respuestas.

Este diálogo suscitará nuevas preguntas, nos creará algunas perplejidades y nos pedirá buscar continuamente nuevos caminos. Pero nos ayudará también a encontrar nuevos modos de expresar la potencialidad de testimoniar un mundo “alternativo” -según el corazón del Padre- que poseen los votos y a crear nuevos dinamismos de vida comunitaria capaces de anunciar con mayor fuerza la novedad del Reino. Hará toda nuestra vida más misionera.

¿Qué resonancias encuentran en nosotros las situaciones y experiencias de tantas personas que encontramos en el camino: qué nos descubren, qué nos cuestionan, a qué nos invitan? ¿Qué nuevos planteamientos y estrategias nos pide el contexto de pluralismo religioso y cultural que marca tan fuertemente la situación de nuestro mundo?

2.3 La opción por los pobres y excluidos y por la justicia

Quienes están llamados a ser testigos de las Bienaventuranzas y signos del proyecto de Dios para sus hijos se sienten profundamente interpelados por las situaciones de injusticia y exclusión, tan presentes en nuestro mundo. La opción por los pobres y el compromiso por la justicia han sido incorporados por la Vida Consagrada en su praxis y en su reflexión teológica. Se trata de una opción inherente

a la dinámica del amor vivido según Cristo. El desafío para la vida consagrada es cómo comprometerse en la promoción de la justicia a partir de su propia identidad, asumiendo, por lo tanto, la revisión constante de las propias opciones de vida, del uso de los bienes y del estilo de relaciones que ello comporta.

Aquí aparece también el desafío del compromiso socio-político. La dimensión política del amor cristiano, que busca la transformación de las estructuras para que se haga justicia a los oprimidos, es algo que ha ido adquiriendo contornos más precisos en la conciencia eclesial, de la vida consagrada y en la reflexión de nuestra Congregación. Queremos expresar nuestro compromiso por la justicia a través de un estilo de vida y de una acción apostólica que toque las raíces mismas de las dominaciones y opresiones y busque crear las condiciones que permitan el nacimiento y consolidación de un mundo verdaderamente inclusivo, donde nadie quede marginado de la fraternidad humana. Aquí se juega, en parte, la credibilidad del anuncio del Evangelio. Un compromiso de este tipo solamente puede mantenerse desde la libertad interior que crea una entrega absoluta y definitiva a Dios y a su proyecto de salvación. Es un compromiso que nos lleva a descubrir nuevos horizontes en la vivencia de la consagración religiosa.

Lo vemos en la situación que estamos atravesando en estos últimos tiempos. Quizás nunca como ahora la palabra “crisis” haya aparecido tan repetidamente en los medios de comunicación social y pocas veces sus efectos se hayan hecho sentir tan fuertemente en la vida de la gente. La crisis económica está ocupando la atención de gobiernos y análisis

tas, y se ha convertido en una especie de atmósfera difícil de respirar pero imposible de evitar. En cada uno de los lugares donde vivimos y trabajamos ha encontrado resonancias concretas que han condicionado la vida de personas y comunidades. Los tiempos de crisis son difíciles pero hacen emerger preguntas fundamentales sobre los valores y estructuras que imperan en nuestras sociedades y dan lugar, al mismo tiempo, a nuevas propuestas que apuntan hacia modelos más justos e inclusivos de relaciones entre las personas y los pueblos. En esta dinámica nos encontramos inevitablemente inmersos los religiosos, aunque, a veces, excesivamente protegidos por nuestras propias instituciones.

Porque creemos en Dios y deseamos hacer de la fidelidad a su proyecto el hilo conductor de nuestra vida, nos sentimos fuertemente interpelados por estas situaciones. La Palabra de Dios, punto de referencia fundamental de nuestra vida, nos cuestiona constantemente en este sentido. No podemos olvidar, sin embargo, que la Palabra de Dios tiene una clave hermenéutica clara y que, sin asumirla, su lectura no llega a tocar verdaderamente la vida. Esta clave es el amor de Dios por sus hijos, es la pasión de Dios por los pobres, esa pasión que marca radicalmente la vida de Jesús: “Evangelizare pauperibus misit me” (cf. Lc 4,18). Una clave a la que se accede solamente desde la cercanía a la situación de los empobrecidos y excluidos y abriendo el corazón y todas las dimensiones de la vida a las preguntas que suscita. Nuestra vida y nuestra palabra no tendrán capacidad de anunciar el Evangelio ni poder transformador, si no nos acercamos a estas realidades que nos “centran” de nuevo en lo más nuclear del proyecto de Dios para sus hijos. Renovar la opción por los pobres y excluidos y por

la justicia es una condición indispensable para ser fieles a nuestra misión. Será de suma importancia mantener proyectos que estén realmente a su servicio y colaborar, con otras personas que sueñan un mundo distinto, a la creación de aquellos espacios de fraternidad y auténtica libertad donde Dios es verdaderamente glorificado.

Son múltiples las iniciativas de todo tipo que se están llevando a cabo en este sentido. De hecho, los testimonios de los religiosos y religiosas que, a pesar de las dificultades y de las amenazas a sus propias vidas, acompañan situaciones de exclusión y de pobreza son una de las palabras más poderosas e inteligibles que la Iglesia está pronunciando. Sus vidas no sólo transmiten un mensaje de solidaridad y generosidad, sino que son capaces de suscitar la pregunta sobre el Dios que las inspira. Por otra parte, son cada vez más numerosas las presencias de los Institutos y Congregaciones religiosas en los foros sociales y políticos donde se toman decisiones que afectan la vida de miles de millones de seres humanos: en los distintos ámbitos de la Organización de las Naciones Unidas, en el ámbito del “World Social Forum”, etc. Son presencias que declinan con nuevos lenguajes el compromiso por la justicia que es parte esencial del proyecto evangelizador.

¿Cómo influye la opción por los pobres y por la justicia en nuestro estilo de vida y en nuestras opciones apostólicas? ¿Cómo nos sentimos interpelados por los problemas de la humanidad, de la gente que vive a nuestro lado? ¿Cuáles serían los ámbitos privilegiados para expresar hoy, como religiosos, esta dimensión tan fundamental del compromiso evangelizador de la Iglesia? ¿Cómo dar mayor consistencia al compromiso por los pobres y la justicia?

2.4 *Repensar la ubicación de nuestras obras*

Definir “dónde estar” y “cómo estar donde debemos estar presentes” es un ejercicio difícil de discernimiento. No se puede liquidar esta cuestión con unos pocos criterios estratégicos que busquen garantizar simplemente la continuidad de la Institución o su desarrollo numérico o geográfico. Supone, ante todo, tomar conciencia de la propia identidad en un contexto concreto y tener la libertad, la sabiduría y la audacia de adecuar las presencias y su modalidad a las exigencias que allí se descubren.

El carisma de la vida consagrada tiene una dimensión profética. Lo afirma claramente “Vita Consecrata” (cf. VC 84). Este profetismo se expresa a través de la vivencia fiel de la consagración y de la generosa entrega a la misión. En la proposición 24 del Sínodo sobre la “Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia” hay una referencia a la vida consagrada en la que se subraya su vocación misionera de frontera: la vida consagrada -se dice- se ha situado siempre en las fronteras geográficas, sociales y culturales de la evangelización. Es algo que muchos Institutos avalan con su historia misionera y con la creatividad con que han intentado responder a los desafíos encontrados.

¿Cuál sería nuestro lugar propio, como vida religiosa, en este momento de la historia del mundo y de la Iglesia? La herencia carismática de cada Instituto tiene una palabra importante que decir en este sentido. Habrá que dejarse interrogar por el proceso espiritual del Fundador o la Fundadora que le llevó a expresar su compromiso por el Reino de Dios de una forma determinada. Habrá que saber discernir bien los ele-

mentos permanentes del carisma y su expresión concreta en la historia y en los diversos contextos geográficos y culturales que forman parte de la vida del Instituto. Pero se necesitará, al mismo tiempo, una nueva reflexión sobre la vida y misión de la Iglesia y sobre la articulación de los diversos carismas y ministerios y de las diversas formas de vida cristiana que generan. Son todos ellos dones que el Espíritu suscita para que se desarrolle la vida y la misión de la Iglesia de acuerdo al proyecto de Dios. Profundizar la reflexión sobre la identidad de la vida consagrada en el marco de una eclesiología de comunión nos ayudará a definir mejor aquellos rasgos que constituyen la aportación específica de este carisma al conjunto de la comunidad eclesial y alimentará en nosotros aquellas actitudes de complementariedad y reciprocidad que permiten un crecimiento armónico de toda la comunidad cristiana.

En este sentido conviene examinar bien nuestra ubicación dentro de la Iglesia universal y de las iglesias particulares. No es infrecuente ver cómo, ante la creciente escasez de clero, la originalidad de los carismas se encuentra absorbida por la necesidad de mantener estructuras pastorales y tareas que no son precisamente la mejor expresión de los dones que el Espíritu ha querido hacer a su Iglesia a través de los Fundadores y Fundadoras y de las comunidades que surgieron en torno a ellos. Es algo que aparece con mayor relieve en el caso de las Congregaciones clericales como la nuestra. No se trata de cerrarse a servicios apostólicos que sean necesarios para el crecimiento en la fe de la comunidad cristiana y para un desarrollo más dinámico de su misión. Se trata más bien de preguntarse si esta ubicación surge de una falta de creatividad para dar nuevas expresiones al carisma del Instituto y permitir que, de este modo,

siga fecundando la vida de la Iglesia y potenciando su misión en el mundo. No podemos dejar caer en el vacío las llamadas a la presencia en los nuevos areópagos de la misión, tan repetidas por el Papa Juan Pablo II. Es éste un tema que deberemos afrontar con audacia para poder dar respuestas apostólicas verdaderamente significativas y discernir la ubicación que nos corresponde en el conjunto de la vida y misión de la Iglesia.

¿Qué significa concretamente para nosotros esta vocación de frontera que se atribuye a la vida consagrada? ¿Cuáles serían los lugares más propios para la vida consagrada en el conjunto de la vida eclesial y en su proyección misionera? ¿Dónde encontramos las mayores dificultades al plantearnos los cambios de ubicación que consideramos necesarios?

2.5 Avanzar en el camino de la colaboración intercongregacional y de la misión compartida

El nuestro es un tiempo de sinergias. Los procesos de globalización están imponiendo este parámetro en los diversos ámbitos de la vida y actividad humanas. La complejidad de las situaciones y la complementariedad de los saberes convierte en necesidad lo que hace un tiempo era una más entre muchas opciones.

Hemos visto cómo el personal de nuestros Institutos ha disminuido sensiblemente en algunas partes del mundo y, por otro lado, los mismos procesos de globalización plantean nuevos desafíos a los que es difícil responder de un modo significativo desde cada uno de los Institutos.

Ha llegado el momento de emprender de un modo más decisivo el camino de la inter-congregacionalidad. Los foros de reflexión conjunta y los espacios de colaboración entre los Institutos religiosos que hemos creado durante estos años han producido frutos abundantes. Ahora sería la ocasión para dar un paso más y afrontar una nueva etapa en la colaboración intercongregacional, diseñando iniciativas evangelizadoras que puedan ofrecer respuestas más significativas a los múltiples desafíos que nos presenta el mundo de hoy. Algunas experiencias nos están descubriendo ya la potencialidad de esta opción.

Ello va a comportar una reflexión en torno a la interacción de los carismas y a su encarnación concreta en las actividades que han caracterizado la vida de los Institutos a lo largo de su historia. Probablemente pedirá nuevos modelos de organización comunitaria y de gobierno. El horizonte de una mayor colaboración intercongregacional nos obligará a introducir también algunos elementos en los procesos de formación inicial y continua que preparen a las personas para este tipo de experiencia. Debemos cuidar el crecimiento en la comunión entre quienes participan en el mismo proyecto y, al mismo tiempo, asegurar la consolidación de cada uno en la identidad propia de la familia religiosa a la que ha sido llamado. Son nuevos desafíos que pueden enriquecer el patrimonio espiritual de cada Instituto y de la vida consagrada en general. Ciertamente van a suponer un nuevo impulso en la proyección misionera de la vida consagrada. Exigirá mucha claridad en el diseño de los proyectos, con procesos de discernimiento que se verán enriquecidos por la sensibilidad que caracteriza a cada uno de los Institutos que forman parte del ellos.

Este aspecto se une al tema de la “misión compartida”. Se abre, en el ámbito de la misión, un espacio importante de colaboración con los laicos, especialmente con aquellos laicos con quienes compartimos una misma herencia carismática. Con ellos nos queremos comprometer en un proceso que comienza por mirar juntos la realidad con una mirada enriquecida por las perspectivas particulares de quienes viven su vocación cristiana como consagrados y quienes la viven como laicos. Sabemos que éstos “subrayan” la índole secular y los religiosos la índole escatológica de la misión de la Iglesia. Los laicos acentúan en la comunión eclesial el valor que tienen, en los planes de Dios, las cosas con las que nos encontramos diariamente: el trabajo, la familia, la política, etc. Los religiosos convertimos nuestra vida en signo de que, reconociendo la relevancia de todas estas cosas, es muy importante vivir conscientes de que lo fundamental está más allá, de que no podemos vivir centrados en las “cosas de Dios” olvidando al “Dios de todas las cosas”.

Es importante caer en la cuenta de la importancia de todo ello para la misión de la iglesia y de la vida consagrada dentro de ella. En este camino de colaboración, de “misión compartida” vamos aprendiendo a declinar el lenguaje de la inclusión que nos hará signos más claros e inteligibles del mensaje que hemos sido enviados a comunicar.

¿Qué necesitamos para emprender con mayor decisión el camino de la colaboración intercongregacional? ¿Qué proyectos podrían asumir con mayor facilidad el camino de la colaboración intercongregacional?

III.

NUESTRA MISIÓN CLARETIANA HOY

Tanto en los Capítulos Generales como en los Capítulos y Asambleas de las Provincias y Delegaciones el discernimiento sobre cómo expresar hoy nuestra misión ha sido uno de los puntos centrales de reflexión y discernimiento. Es algo natural si tenemos en cuenta lo que nos dicen las Constituciones: “Por la profesión religiosa de los consejos evangélicos, mediante votos públicos, nos entregamos a Dios y somos consagrados por Él, formando en la Iglesia un Instituto verdadera y plenamente apostólico” (CC 5). Y continúan en el número siguiente: “Hemos de ser en la Iglesia esforzados auxiliares de los Pastores en el ministerio de la palabra, empleando todos los medios que nos sean posibles para extender por el mundo entero la Buena Nueva del Reino” (CC 6). Son expresiones que aparecen en la Constitución fundamental y que encuentran eco en el capítulo VII de la primera parte sobre nuestra misión. En el número 48 se insiste: “Para cumplir esta misión, empleen los Misioneros todos los medios que les sean posibles” (CC 48) y se pasa inmediatamente a indicar algunas características que han de marcar nuestro estilo evangelizador. Se habla del sentido de intuición, de disponibilidad y de catolicidad.

La expresión “todos los medios posibles” ha sido siempre uno de los temas discutidos en los foros congregacionales. Por una parte, es verdad que abre un horizonte amplio de posibilidades a la tarea evangelizadora de la Congregación; pero, por otra parte, puede inducir a crear

una gran dispersión en el proyecto misionero del Instituto que resulta, ciertamente, negativa. Es importante aclarar el sentido de esta expresión claretiana para poder articular debidamente el proyecto misionero de la Congregación, de cada una de sus Provincias y Delegaciones y de las comunidades. Considero que la expresión “todos los medios posibles” es como un germen de profecía constante que el Fundador ha dejado sembrado en el corazón de la Congregación. Nos obliga a estar siempre muy atentos a los signos de los tiempos para que nuestra palabra -que es también gesto, acción, libro, presencia, etc.- tenga espesor profético. Exige estar muy abiertos a la Palabra de Dios y dejar que sea su luz la que ilumine nuestra lectura de la realidad y la búsqueda de los caminos de comunicación del Evangelio. Nos compromete a un serio camino comunitario de discernimiento que defina los programas y estructuras apostólicas que deben dar cauce operativo al proyecto misionero. Así evitaremos la dispersión, que debilita el sentido de identidad congregacional y sirve a algunos para justificar compromisos que no tienen nada que ver con la vivencia del carisma misionero claretiano. En la historia congregacional podemos observar un verdadero despliegue de creatividad misionera que se va abriendo a nuevos campos y no cesa de crear nuevas estructuras de evangelización a partir de las orientaciones que surgen de los diversos foros congregacionales y del discernimiento y las decisiones de los órganos de gobierno del Instituto.

¿Cuáles serían hoy las características que deberían marcar la tarea misionera de la Congregación? A partir de las orientaciones de los últimos Capítulos Generales, que recogen siempre el fruto de un discernimiento ampliamente

participado por muchos claretianos, creo que podemos identificar cuatro características que nos han de ayudar a dar una impronta carismática a nuestros apostolados y nos deben orientar a la hora de definir las presencias y estructuras apostólicas. Creo que se sitúan precisamente en el nuevo horizonte misionero para la vida consagrada que he intentado presentar en la segunda parte de esta carta.

Antes, sin embargo, quiero subrayar dos aspectos que considero fundamentales con relación a la misión claretiana. El primero es la necesidad de asumir generosamente la vocación de la vida consagrada a situarse en *las fronteras de la misión*. Lo he mencionado antes: quienes han puesto todo en manos de Dios para poder ser instrumentos eficaces de la construcción de su Reino no deben dudar en ubicarse en las fronteras geográficas, sociales y culturales de la evangelización. Son lugares que requieren la libertad interior que dan la consagración religiosa y el apoyo constante de la comunidad. Es una llamada de la Iglesia a los religiosos y religiosas para que vayamos a los lugares donde el Evangelio no ha sido todavía anunciado; para que seamos testimonios del amor de Dios a través de una presencia comprometida y solidaria en aquellos ambientes de nuestra sociedad donde se hacen más lacerantes las heridas de la exclusión y la injusticia; para que entremos en un diálogo sincero y abierto con quienes influyen de diversas formas y desde distintos ámbitos en la configuración de la cultura de nuestro mundo. Estar dispuestos a asumir esta vocación de frontera supone una profunda espiritualidad y exige un fuerte sentido de itinerancia misionera. ¿Sentimos esta vocación de situarnos en la frontera misionera? ¿Qué nos da miedo o nos mantiene todavía reticentes?

Junto a ello, no podemos olvidar lo que hemos venido repitiendo desde hace mucho tiempo y que el Magisterio de la Iglesia nos recuerda insistentemente a los religiosos: la necesidad de vivir la *dimensión profética inherente a la vida consagrada* (cf. VC 84). Una dimensión que debe encontrar una expresión concreta en nuestra vida y en nuestra actividad apostólica. La vida consagrada es “una palabra profética” para la iglesia y para el mundo. “Profética” es aquella palabra -y cuando decimos “palabra” nos referimos a todo aquello que es capaz de comunicar un mensaje- que, porque está tan fuertemente enraizada en la Palabra de Dios y tan profundamente empapada de la pasión de Dios por sus hijos e hijas, es capaz de suscitar un cambio “según el corazón del Padre”. La vida consagrada será profética cuando no deje indiferente a quienes entran en contacto con los religiosos y sus actividades apostólicas. Lo será cuando sea capaz de invitar a las personas a la conversión, es decir, a mirar la realidad desde Dios y a construir su proyecto de vida desde los valores del Reino. Lo será cuando dentro de la Iglesia sea memoria viva de la “comunidad de Jesús” y sus características. Lo será cuando se esfuerce por ser, en el mundo, elemento de cambio hacia esa sociedad más justa y fraterna que todos anhelamos y que los profetas anunciaron repetidamente como “voluntad de Dios”. Quien ha experimentado el poder transformador de la presencia de Dios y de su Palabra en la propia vida y en la de la comunidad, está llamado ponerse al servicio de esta “palabra profética”.

También nosotros, como misioneros claretianos, estamos convocados a formar parte de esta presencia profética en las fronteras de la misión. Ésta debería ser nuestra preocupación principal. Desde ella tendríamos que definir

nuestras ubicaciones, nuestro estilo de vida y nuestros proyectos. No nos va a faltar la ayuda de Dios. Pienso que no nos van a faltar vocaciones si somos capaces de asumir con audacia y generosidad estos retos. Desde esta perspectiva, y solamente desde ella, vamos a dar con los “medios” adecuados para desarrollar nuestra misión según el ideal misionero que nos quiso dejar el Padre Fundador. Evitaremos la dispersión y renacerá en nuestros corazones y en nuestras comunidades el ideal misionero. Estaremos en sintonía con María que en el Magnificat nos dejó la Carta Magna de una evangelización verdaderamente profética.

1. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA MISIÓN CLARETIANA HOY

Al pensar en las características de la misión claretiana hoy, retomo algo de que ya os hablé en la Carta Circular que escribí hacia la mitad del sexenio anterior⁴. Se trata de aspectos que hay que ir profundizando y asimilando para que se hagan vida en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades y obras apostólicas. Estos rasgos que os presento como característicos de nuestra misión nos van a ayudar a subrayar un estilo apostólico propio -lo cual no significa que no pueda ser similar al de otros- y nos van a indicar hacia qué horizontes hemos de orientar prioritariamente nuestros esfuerzos y dónde debemos ubicar nuestras nuevas presencias.

⁴ TESTIGOS Y MENSAJEROS DEL DIOS DE LA VIDA. Roma, 31 de mayo, 2006.

1.1 *Misión compartida*

La misión incluye la colaboración como una nota fundamental. La misión no pertenece a nadie en exclusividad; pertenece a Dios que derrama su amor sobre todos los hombres, es participación en la “Missio Dei” (cf. HAC 58). La diferencia de carismas es solamente una posibilidad para expresar mejor la riqueza de esta misión que nace de Dios y es vehículo de su amor para todos. La misión es, esencialmente, “misión compartida”.

Desde esta perspectiva hemos de considerar el tema de la misión compartida. Nuestro modo concreto de vivirla y de identificar las actitudes y mecanismos que nos ayuden a ello ha de estar enraizado en una visión de Iglesia en la que los carismas y ministerios y las formas de vida que generan se saben deudores unos de otros. De este modo, a través de la experiencia de comunión, todos crecen en el deseo sincero de profundizar en el seguimiento de Jesús según la vocación que cada uno ha recibido y de servir la causa de una humanidad más justa y fraterna, en la que se respete plenamente la dignidad de cada uno y en la que no haya excluidos; en fin de cuentas, en la que Dios sea verdaderamente glorificado. Nos recordaba el documento del XXIII Capítulo General: “La gloria de Dios, que figura en el objeto fundamental de la Congregación (cf. CC 2) es que el hombre viva (Ireneo de Lyon), que el pobre viva (Oscar Romero), que la naturaleza viva (Pablo de Tarso)”⁵.

⁵ PARA QUE TENGAN VIDA. Documento del XXIII Capítulo General, n. 8.

Existen diversos ámbitos en los que estamos llamados a encarnar la experiencia de la misión compartida ⁶.

Un primer ámbito lo podríamos llamar global y nos sitúa en una dinámica de colaboración con todas aquellas personas que, motivadas por Tradiciones religiosas diversas o impulsadas por otras filosofías humanistas, trabajan por un mundo más justo y solidario y por un modo de vivir que respete la armonía de la Creación. En este ámbito no somos, ordinariamente, los protagonistas principales. Somos simplemente “uno más” y, por ello, se convierte con frecuencia en una escuela importante para desarrollar las actitudes necesarias para una verdadera “misión compartida”. Se trata de una dimensión que está presente en las Constituciones cuando nos dicen, en el número 46: “Compartiendo las esperanzas y los gozos, las tristezas y las angustias de los hombres, principalmente de los pobres, pretendemos ofrecer una estrecha colaboración a todos los que buscan la transformación del mundo según el designio de Dios”.

Un segundo ámbito es el eclesial. En él vivimos la experiencia de la misión compartida en su doble dimensión: universal y particular. Como religiosos crecemos en el seno de la comunidad cristiana en relación con los Obispos, los presbíteros y otros ministros ordenados, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada y los laicos. Con ellos nos sentimos enviados y con ellos buscamos articular una respuesta audaz y generosa a la llamada

6 Sobre el tema de la “misión compartida”, recomiendo una nueva lectura del libro que recoge el trabajo del taller que la Prefectura de Apostolado organizó en Guatemala, en el año 2005, sobre este tema. HACER CON OTROS; Editorial Claretiana, Buenos Aires-Argentina, 2006.

del Señor a ser sus testigos en el mundo. Estamos disponibles al servicio de la Iglesia universal, pero siempre comprometidos en el caminar de una Iglesia particular. Cuando nos abrimos a la experiencia de vida cristiana de quienes han recibido una vocación distinta en la Iglesia, llegamos a comprender mejor la belleza del camino al que Dios nos ha llamado y podemos contemplarlo dentro de la armonía de todo el cuerpo eclesial.

Un tercer ámbito es el de la propia familia carismática. Es el ámbito en que con mayor frecuencia vivimos la misión compartida, tanto dentro de nuestra propia Congregación como en la relación con otras familias religiosas o grupos laicales que se sienten, de algún modo, herederos del carisma con que Dios agració a su Iglesia a través de nuestro Fundador. En este ámbito, tanto las exigencias como las posibilidades de la misión compartida se hacen más cercanas y reales. Por una parte, piden saber organizar nuestra propia comunidad religiosa en torno a la misión, dejando que ésta marque las distintas dimensiones de su vida: la oración común, la planificación y evaluación de las actividades apostólicas a través de la que damos vida a esta misión, la programación de nuestra economía, el mismo ritmo de la vida de la comunidad. Por otra parte, nos abre a la posibilidad de vivir la riqueza del carisma del Fundador en comunión con otras personas que se sienten inspiradas por él, ya sean miembros de Institutos religiosos que se remontan al mismo Fundador directamente o través de posteriores mediaciones, ya sean laicos. Con ellos y ellas formamos una Familia carismática.

Serán múltiples las manifestaciones y articulaciones que va a tomar la misión compartida en este ámbito carismático.

Serán también distintos los grados de compromiso que aúnen a quienes forman parte del proyecto misionero. Cada uno de ellos llevará sus exigencias y condicionará nuestro modo de organizar no solamente la obra apostólica sino nuestra misma comunidad. Creo que esta experiencia de misión compartida, aunque haya estado presente siempre en la historia de las Órdenes y Congregaciones religiosas, ha crecido enormemente después del Concilio Vaticano II. Han cambiado los referentes eclesiológicos, que nos permiten ahora expresar más plenamente lo que los Fundadores intuyeron.

Es verdad también que uno de los factores decisivos que nos ha llevado a redescubrir la importancia de este tema ha sido la disminución del personal de la Congregación, que ha tenido una incidencia especial en muchas obras importantes que se ven, de este modo, desprovistas del personal claretiano que hasta ahora había ocupado en ellas los puestos directivos. De todos modos, se trata de una oportunidad para profundizar la reflexión sobre este tema y consolidar una praxis que oriente decididamente los nuevos proyectos misioneros que surgen en zonas con abundancia de vocaciones.

Me parece importante distinguir tres modelos de realización de la misión compartida en el ámbito de la Familia carismática, a partir del grado de participación en ella de los laicos.

Un primer modelo sería aquel que integra en una misma comunidad a religiosos y laicos. Se trata de una modalidad que puede tener diversas expresiones. En algunas ocasiones, especialmente en las zonas llamadas tradicionalmente “de

misión”, se comparte la vida de comunidad en la misma casa, o en el mismo “campus” de la misión, a partir de un proyecto comunitario que define el funcionamiento de las distintas dimensiones de la vida del grupo (oración, responsabilidades, economía, dinámicas comunitarias) y de un proyecto pastoral que especifica los objetivos de la actividad apostólica, los criterios de su funcionamiento y las líneas de acción para llevarlos a cabo. Las más de las veces, sin embargo, no contempla la “vida común”, pero sí un proyecto comunitario que reúne periódicamente a los componentes del grupo para compartir la oración, crecer en la comprensión y vivencia del carisma que inspira esta experiencia, propiciar momentos de profundización de las relaciones entre las personas que forman el grupo y planificar y evaluar la obra que se está llevando a cabo. En ambos casos y con las debidas diferencias ello exige:

- a. *Un proceso serio de formación* que permita asimilar bien el carisma en torno al que se reúne el grupo y que inspira la obra que se lleva a cabo.
- b. *Unos dinamismos comunitarios* que ayuden a consolidar las relaciones entre los miembros del grupo, su crecimiento en la fe y en la espiritualidad propia de la Familia carismática y su compromiso con el proyecto misionero.
- c. *Una elaboración seria del proyecto misionero* que incluya el análisis de la realidad, la definición de las opciones y estrategias, la realización de las acciones necesarias para llevarlo a cabo y la clarificación de las responsabilidades de cada uno en su ejecución.

La experiencia de fraternidad del grupo es ya, en sí misma, un anuncio elocuente y creíble de las nuevas relaciones que surgen entre las personas cuando el Reino ocupa el centro de su corazón y todos se ponen a su servicio compartiendo un mismo carisma, que es siempre don del Señor a su Iglesia y al mundo.

Un segundo modelo sería el de la participación corresponsable en la misma actividad o proyecto apostólico. Esta actividad puede ser una parroquia, obra social, editorial, un centro educativo, un equipo de pastoral juvenil etc. Subrayo el término “corresponsable” porque nos define un tipo de colaboración que va más allá de una participación puntual en un proyecto misionero. Esta participación debe integrar tres elementos fundamentales:

- a. *Programación conjunta de la actividad*, que debe comenzar con un análisis de la realidad y la clarificación de aquellos criterios carismáticos que van a orientar la respuesta que se debe dar a los desafíos que descubrimos en ella. A partir de ahí habrá que pasar a definir los objetivos y las líneas de acción así como el modo concreto de compartir la responsabilidad en la ejecución del proyecto.
- b. *Creación de un equipo coordinador* que siga en todo momento el proyecto y que vaya evaluando su ejecución desde los criterios carismáticos que le han dado vida, además de otros parámetros propios de la actividad.
- c. *Cuidado de la cohesión del equipo en torno al proyecto y al carisma que le ha dado vida*; para lo cual

será necesario establecer algún tipo de programa formativo y crear unos dinamismos apropiados que permitan cuidar debidamente la espiritualidad que anima y sostiene a las personas comprometidas en el proyecto y consolidar la comunión entre los miembros del equipo, religiosos y seculares.

Los laicos que participan en el proyecto se han de sentir parte integrante de la Familia carismática a la que se unen a través del equipo del que forman parte y han de percibir también que dicha Familia va más allá de su propio proyecto. Esta experiencia de universalidad contribuye a crear un sentido de pertenencia muy importante. No estamos hablando simplemente de personas contratadas para trabajar en las actividades de la Congregación; hay un elemento de comunión que va mucho más allá del contrato y que conlleva otras exigencias concretas.

Un tercer modelo de misión compartida sería la colaboración puntual en un proyecto o en una actividad determinada, pero sin una vinculación explícita a la Familia carismática. Se trata de un compromiso de participación aportando a la realización del proyecto los propios dones. Este tipo de participación en la misión pide que se sepa cuidar el sentido de corresponsabilidad de quienes están dispuestos a formar parte del proyecto y que se les vaya formando en la visión que le ha dado vida. Hemos de estar convencidos de que un conocimiento más profundo del patrimonio espiritual y apostólico en el que se inscribe el proyecto y que lo sustenta, va a consolidar y dinamizar la participación de todos. Por otra parte, habrá que estar abiertos a acoger con una gran apertura de mente y corazón

aquellas aportaciones que surgen de quienes participan en el proyecto y que nos permiten hacerlo más significativo para sus destinatarios.

Todo esto exige, naturalmente, una profunda madurez espiritual y psicológica en cada uno de nosotros y una capacidad de compartir la vida y la misión dentro de nuestra propia comunidad religiosa. La misión compartida no puede ser nunca una forma camuflada de huir del compromiso comunitario. Al contrario, sólo será verdadera si nace como un deseo sincero, motivado por una genuina exigencia misionera, de ensanchar el horizonte de esta comunión. Quiero insistir en este punto que me parece fundamental. No se trata de reunir a un grupo de amigos o admiradores, sino de comprometerse en una dinámica que nos exige una ascesis muy seria de renuncia y de apertura al otro, a los otros.

Asumir seriamente el tema de la misión compartida nos plantea una serie de preguntas. ¿Cómo está presente esta característica en la vida misionera de mi comunidad o de la actividad apostólica en la que estoy integrado? ¿Qué nos está aportando en orden a dinamizar el compromiso misionero? ¿Cómo nos está ayudando a profundizar la motivación misionera y a descubrir nuevos caminos de evangelización? ¿Sentimos esta dimensión como “bendición” o como “problema”? ¿En qué sentido nos está ayudando a crecer como religiosos, como misioneros, como Claretianos? Desde la misión compartida podremos descubrir la urgencia de nuevas presencias y nuevos modos de estar presentes; se multiplica la capacidad de respuesta a los nuevos desafíos. Es un aspecto

que no puede estar ausente de los procesos de reorganización congregacional que estamos llevando a cabo.

1.2 *Misión en diálogo*

Nos dice el último Capítulo General en el documento “Hombres que arden en caridad”: “Tomaremos como criterio y clave de todos nuestros ministerios el ‘diálogo de vida’ que tiene siempre en cuenta a los demás y no excluye a nadie (mujeres u hombres, de una confesión cristiana u otra, de una religión u otra, de una cultura u otra)” (HAC 58.2). Éste es el camino de la evangelización. En este sentido es bello e inspirador el mensaje final del Sínodo sobre la “Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia”. Después de presentar la Palabra de Dios como Palabra creadora de la vida y del pueblo al que va guiando en esa gran peregrinación que es el Antiguo Testamento, de invitarnos a contemplar la Palabra encarnada -con un rostro: Jesús el Hijo del Padre- que se hace presente entre nosotros, y de recordarnos que en la Iglesia encontramos el ámbito -la casa- donde la Palabra es acogida, celebrada y, compartida, nos dice textualmente: “La Palabra de Dios personificada ‘sale’ de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz”⁷. El diálogo es el lugar donde acontece la evangelización. Puede ser que hayamos querido “enseñar” demasiado y que hayamos “escuchado” poco. Quizás hemos invitado mucho a “venir”,

7 MENSAJE AL PUEBLO DE DIOS DE LA XII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS; n. 10.

pero no hemos estado tan dispuestos a “salir”. Solamente a través de la relación es posible acompañar a las personas al encuentro con Cristo. En este sentido resulta imprescindible cultivar algunas actitudes, orientar de un modo determinado nuestros ministerios y obras, y crear plataformas y estructuras que faciliten el diálogo. Señalo algunos aspectos que nos pueden ayudar a orientar y evaluar nuestra tarea misionera desde esta perspectiva:

- a. *Capacidad de escucha*. Es la primera exigencia para que se pueda dar el diálogo. Se trata de una escucha que busca entender el porqué de la palabra escuchada o de la situación descubierta. Es una escucha que acoge la presencia singular de cada persona y que sabe mantener la mente y el corazón abiertos a los interrogantes que descubre en las situaciones que encuentra. El diálogo supone atención a la realidad. No podemos ir con el proyecto ya hecho o con el programa decidido. Hay que tener el respeto y la paciencia necesarios para ir configurando el proyecto evangelizador desde la realidad concreta del lugar y desde la situación de las personas. Una escucha verdadera exige humildad para saber descubrir la sabiduría ya presente y para dejar que la realidad cuestione nuestras opiniones y métodos. La escucha es exigente.

- b. *Discernimiento*. Sin embargo, tampoco nosotros vamos con las manos vacías. Nos ha sido confiado el tesoro del mensaje del Evangelio. Llevamos dentro del corazón la experiencia del encuentro con Jesús que ha abierto nuevos horizontes en nuestras

vidas y las ha llenado de sentido y esperanza. Esta experiencia, fundamental en nuestras vidas, ha crecido en el seno de la comunidad eclesial que está llamada a ser signo de la presencia amorosa de Dios en el mundo y lugar de acogida de “quienes buscan la verdad, la justicia y la paz”, tal como se nos dice en el mensaje del Sínodo que antes he citado. Las preguntas que surgen del diálogo con las personas y de las situaciones que encontramos en el camino, nos piden capacidad de discernimiento. Las hemos de iluminar desde el Evangelio para poder dar con las respuestas adecuadas; y esto debemos hacerlo en comunión con la Iglesia, comunidad de los discípulos de Jesús. El discernimiento exige fidelidad al Evangelio y un profundo sentido eclesial. Para nosotros la comunidad religiosa, la Congregación, es la referencia obligada en este discernimiento.

- c. *Creatividad*. No podemos seguir repitiendo esquemas y programas. El diálogo pide estar siempre abiertos a la sorpresa de lo nuevo que se va gestando en la historia y en el mundo. Los proyectos evangelizadores han de ser capaces de integrar las exigencias del diálogo con la cultura y con las culturas, del diálogo con las otras Tradiciones religiosas y del diálogo ecuménico. Ello exige, obviamente, estudio y reflexión. Nuestros programas de formación permanente deberían estar mucho más atentos a la realidad de nuestro mundo y a las nuevas tendencias culturales; tendrían que interesarse más a fondo en comprender la experiencia de quienes han crecido y vivido en el seno de otras Tradi-

ciones religiosas y en conocer más profundamente los planteamientos teológicos y pastorales de las Iglesias cristianas hermanas; nos deberían acompañar en nuestro esfuerzo por entender mejor el mundo en que vivimos y las preguntas de nuestros contemporáneos. Sin estudio y reflexión, sin una buena preparación, no es posible la creatividad pastoral ni la oferta de respuestas significativas. La llamada a hacernos presentes en las fronteras culturales, sociales y geográficas de la evangelización exige estudio, reflexión y audacia misionera. La Congregación ha de seguir promoviendo una buena capacitación de todos sus miembros. No hemos de tener miedo a lo nuevo, aunque ello nos exija renunciar a lo que ya estábamos acostumbrados o a lo que nos resulta más cómodo. La creatividad nos exigirá también desplazamientos hacia donde las preguntas que inquietan hoy a la humanidad resuenan con mayor insistencia y hacia aquellos lugares donde el anhelo por la paz y la justicia es percibido con más fuerza porque se siente con mayor angustia el peso opresor de un mundo injusto y violento.

En este ámbito del diálogo se inscribe el tema de *la inculturación* que nos pide respetar las culturas de los pueblos a los que hemos sido enviados: su lengua, su historia, sus anhelos y sus luchas para construir unas bases sólidas que les permitan mantener su identidad dentro de un mundo en el que se percibe una imposición de las culturas dominantes. En la historia de nuestra Congregación hay ejemplos maravillosos de misioneros que se convirtieron en verdaderos especialistas de las culturas -algunas de ellas

culturas minoritarias- de los lugares donde habían sido enviados. Hay que dedicar tiempo a aprender la lengua del lugar, a estudiar su cultura, a sentirse orgulloso por la historia de ese pueblo, a compartir sus problemas y sus sueños de futuro. Es verdad que hay que hacer una lectura crítica de la historia y de la cultura, pero deberá ser siempre una lectura crítica a la que no le falte el amor de quien se siente, de corazón, parte de ese pueblo. Me he dado cuenta de que, en este aspecto, ha habido un cierto retroceso en la Congregación. Las posibilidades de comunicación a nivel universal que nos ofrecen las nuevas tecnologías están provocando una constante “huida” afectiva de algunos claretianos hacia su país de origen, eludiendo un compromiso más radical con los pueblos a los que han sido enviados y con su cultura. Se está físicamente en un sitio, pero pendiente de otro. Por otra parte, un cierto sentido eficacista del trabajo misionero parece que pueda dispensar del esfuerzo del aprendizaje de la lengua del lugar. Cuando existe la posibilidad de hacerlo, hay que asumir con gozo este compromiso. Es una muestra de respeto y de amor; es un testimonio misionero.

Deberíamos preguntarnos cómo está presente la dimensión del diálogo en la propia vida misionera y en las actividades en las que estamos trabajando cada uno. No dejemos de evaluar nuestra vida misionera desde esta perspectiva. ¿Sabemos privilegiar el tiempo de escucha? ¿Estamos dispuestos a asumir las consecuencias de un diálogo sincero y profundo con quienes compartimos la vida y el deseo de construir una verdadera fraternidad entre todos los hombres? ¿Está presente el ejercicio del discernimiento en nuestras comunidades y actividades

apostólicas? ¿Cuáles son los puntos de referencia en nuestro discernimiento? ¿Responden a las exigencias que supone estar en la frontera de la evangelización como corresponde a la vida religiosa, a una Congregación misionera como la nuestra? ¿Cómo asumimos el desafío de la inculturación?

Llevo siempre grabada en la mente y en el corazón la llamada de los Obispos de Asia, donde trabajé bastantes años, a un triple diálogo: con las culturas, las Tradiciones religiosas y los pobres. Os invito a meditar y a compartir en la comunidad o en el equipo misionero cuáles son la naturaleza y calidad de nuestro diálogo. Los Obispos de Asia hablaban siempre de un “diálogo de vida”, una terminología que ha entrado ya a formar parte del vocabulario de los documentos de la Santa Sede ⁸. Creo que la Congregación debería hacer un mayor esfuerzo por crear más espacios de diálogo que ampliaran el horizonte de su compromiso misionero. Es algo que se puede hacer en las estructuras y plataformas pastorales que ya tenemos -hoy día se habla mucho, por ejemplo, de una experiencia pastoral llamada “atrio de los gentiles”- o creando, si fuera necesario, algunas nuevas. Animo a consolidar las iniciativas pastorales de algunos Organismos en el ámbito del diálogo fe-cultura. Son espacios que van a cobrar cada vez más importancia. Por una parte, exigen una preparación teológica y cultural sólidas y, por otra parte, piden una apertura y participación respetuosas y serias en el diálogo cultural que tiene lugar en la sociedad.

⁸ Se puede ver el número 42 el documento DIALOGO Y ANUNCIO, del Consejo Pontificio para el diálogo interreligioso, publicado el año 1991; también VC 102.

Una plataforma importante de diálogo son nuestros mismos centros educativos. Nos ofrecen la oportunidad de un diálogo muy interesante con los jóvenes, las familias, los docentes, etc. Nos debemos plantear, sin embargo, muy seriamente esta pregunta: ¿estamos verdaderamente dispuestos a dialogar con la cultura juvenil y a articular nuestra pastoral y nuestro modo de relacionarnos con los jóvenes desde las características e inquietudes que en ella descubrimos? ¿Cómo estamos respondiendo a la situación de las familias? ¿Qué debemos hacer para mantener el carácter misionero de estos centros? No dejemos de evaluar nuestros proyectos educativos para mantenerlos en constante diálogo con quienes son sus destinatarios.

1.3 *Misión solidaria*

En el documento “Hombres que arden en caridad” se dice: “Reafirmaremos, asimismo, la prioridad congregacional por la solidaridad profética con los empobrecidos, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida, de modo que esto repercuta en nuestro estilo de vida personal y comunitario, en nuestra misión apostólica y en nuestras instituciones” (HAC 58.3). Son palabras que retoman un compromiso que venimos repitiendo desde hace muchos años y que es connatural a la vida religiosa. Si nuestra vida y nuestro ministerio no reflejan la pasión de Dios por los pobres, tendremos que admitir que están lejos de la praxis y del mandato misionero de Jesús. Es un ámbito donde nos jugamos, en gran parte, la credibilidad de nuestra proyección misionera.

Quiero recordar algo que compartía hace ya algunos años en la circular “Testigos y mensajeros del Dios de la

vida”. Os decía en aquella ocasión: “Pablo VI había escrito en la encíclica ‘Populorum Progressio’ que la Iglesia ‘se estremece’ ante el grito angustiado de los pueblos que viven situaciones de injusticia y hacía un llamamiento a todos a responder con generosidad a dicha situación ⁹. Este ‘estremecimiento’ o ‘conmoción’ ante la realidad de la injusticia experimentada por tantos millones de seres humanos es el primer paso para un compromiso serio por la justicia y la paz. Observamos en nuestra sociedad un grado muy notable de insensibilidad. Muchos se han acostumbrado a que las cosas sean así y han ido cayendo en una especie de fatalismo que les inmoviliza. De ahí, que para una acción decidida en favor de la justicia y para poner en marcha verdaderos movimientos de solidaridad sea necesario ese contacto directo con la realidad de los pobres y oprimido. ¿Nos afecta y estremece verdaderamente la situación de injusticia que viven tantas personas? ¿Nos inquieta? El documento capitular ‘Para que tengan vida’ nos decía que es esencial “dejarnos tocar” por los pobres ¹⁰. ¿Tienen estos pobres y excluidos un rostro y un nombre para nosotros, más allá de las imágenes que nos transmiten los medios de comunicación social?” ¹¹. Creo que todo esto sigue teniendo plena validez y actualidad.

La Congregación, geográfica y estadísticamente hablando, está más situada entre los pobres. El crecimiento

⁹ “La Iglesia, conmovida ante gritos tales de angustia, llama a todos y a cada uno de los hombres para que, movidos por amor, respondan finalmente al clamor de los hermanos” (PP 3). En algunas lenguas han traducido la expresión latina por la palabra “estremecerse”.

¹⁰ Cf. PTV 67.1.

¹¹ TESTIGOS Y MENSAJEROS DEL DIOS DE LA VIDA. Roma, mayo, 2006; nn.53, 54.

congregacional se da, principalmente, en las zonas del mundo donde existen índices de pobreza más alarmantes. Me alegra ver el compromiso de muchos claretianos al lado de personas que sufren escandalosas situaciones de exclusión, consolando, acompañando y trabajando con gran generosidad por el reconocimiento de su dignidad y la mejora de sus condiciones de vida. Me siento profundamente agradecido al testimonio de estos hermanos nuestros. Están siendo signos e instrumentos del amor del Padre. Pero, al mismo tiempo, he de confesar que me preocupa una cierta tendencia a la creación de instituciones, sobre todo aunque no solamente, de carácter educativo, que nos alejan o, por lo menos, nos pueden alejar de la realidad de los pobres y excluidos. Entiendo que las Provincias y Delegaciones que se han creado en los últimos años tengan que esforzarse para ir construyendo una base que les permita caminar hacia metas más elevadas de autofinanciación. Es un tema que ha aparecido en los Capítulos Generales y que el mismo Gobierno General ha estado motivando. Me preocupa, sin embargo, cuando veo que, en algunas Provincias y Delegaciones, la dimensión económica empieza a ocupar un lugar excesivamente importante en estos proyectos y cuando observo una cierta tendencia hacia estilos de vida que se van alejando de las opciones que hemos hecho. Tendremos que estar muy atentos para que estos nuevos proyectos sean pensados y se realicen siempre desde un verdadero sentido de solidaridad con los excluidos y con un compromiso sólido y claro por la justicia, por la transformación del mundo. Por otra parte, es obvio que han de estar bien articulados con otras presencias y proyectos que nos ubiquen mucho más claramente entre quienes sufren las consecuencias negativas de un sistema social y económico injusto.

Entre estas presencias creo que hay una en la que tenemos un déficit notable. Se trata de la presencia en las zonas periféricas de las grandes concentraciones urbanas donde se encuentran miles -no creo exagerar si digo cientos de miles o millones- de personas que viven en condiciones lamentables. En las ciudades de países que han experimentado ya un cierto grado de desarrollo económico estas personas se concentran a veces, por el contrario, en los centros históricos de las ciudades o en zonas urbanas que han sufrido una progresiva degradación con el pasar del tiempo. Creo que la Congregación ha orientado bien su presencia en las zonas misioneras de carácter más rural, con proyectos evangelizadores y de promoción humana llevados a cabo con gran competencia y generosidad. Pero me da la impresión que nos falta un compromiso más decidido en estas zonas urbanas de exclusión que reclaman con mayor urgencia que otras una presencia evangelizadora verdaderamente profética. Comparto con vosotros esta inquietud y me gustaría que en las Provincias y Delegaciones se abriera algún espacio para discernir este punto y tomar las decisiones que hagan falta.

Asumiendo la decisión del último Capítulo General nos hemos esforzado por consolidar nuestra presencia en el foro de la Naciones Unidas. Ya se había comenzado a trabajar el tema en el sexenio anterior, pero el aval capitular supuso una nueva motivación en este sentido. Estamos ubicados en el Departamento de Información de la Naciones Unidas, lo que se denomina ordinariamente DPI, que es un primer paso para obtener un estatuto más estable dentro de este gran foro mundial cuyas decisiones tienen repercusión en la vida de miles de millones de per-

sonas. La Provincia de Estados Unidos de América está apoyando generosamente este importante proyecto. Estamos trabajando para consolidar nuestra propia organización con una comisión que, bajo la coordinación del Secretariado General de JPIC, asuma las distintas dimensiones que exige la presencia en este nuevo “areópago”. Estamos aprendiendo de otras Congregaciones con mayor experiencia en este campo. Como temas nucleares, aunque no únicos, de nuestro trabajo allí, hemos escogido los derechos humanos y los derechos de los pueblos. Creo que, tanto en épocas anteriores como en la actualidad, la Congregación cuenta con experiencias concretas e importantes en este sentido. Darlas a conocer es una primera tarea que la comisión tendrá que abordar. De todos modos, no tendría mucho sentido invertir recursos humanos y económicos en este proyecto si no encontrara una resonancia concreta en las comunidades y actividades apostólicas de la Congregación. Éste es ahora el gran desafío. Estamos identificando algunas experiencias concretas en la Congregación para articularlas en un proyecto que permita dar eficacia a nuestra presencia en esta Institución. Vamos a ofrecer mayor información, pero quisiéramos también que se nos hiciera llegar con cierta asiduidad información sobre los problemas relacionados con los derechos humanos y de los pueblos presentes en vuestros lugares de misión y de las iniciativas que estáis llevando a cabo. A partir de ahí nuestra comisión para el trabajo en la Organización de las Naciones Unidas buscará los caminos para dar respuesta a dichos problemas e inquietudes. Insisto en que se trata de un proyecto misionero, como misionero es todo lo que se hace a favor de la paz y la justicia.

1.4 *Misión en clave vocacional*

Otra característica importante de nuestra proyección misionera es la necesidad de plantear una misión en clave “vocacional”. Hablo de “clave vocacional” en sentido amplio, o sea de un trabajo pastoral -educativo, social o de cualquier otro tipo- que busca el encuentro y la relación con la persona e intenta acompañarla a una opción de vida que la llene de sentido y esperanza, y que le permita sacar todo lo bueno que tiene dentro y ponerlo al servicio de alguna causa que valga la pena. En un tiempo en que se percibe una falta de profundidad y se está apoderando de las personas una tendencia fuerte a un individualismo insolidario, este planteamiento pastoral se hace más necesario que nunca. Con relación a los jóvenes, por ejemplo, no nos puede dejar satisfechos simplemente tener grupos juveniles numerosos o llenar las iglesias o las plazas. Esto se puede incluso convertir en un “episodio más” en la vida de los jóvenes. Lo que se nos pide hoy es entrar en una relación cercana que busca ayudar a los jóvenes a vivir en profundidad, a sentirse queridos, a tomar conciencia de que tienen una misión importante que realizar en este mundo. Éste es también el camino que permite entrar en un proceso de maduración de la fe y de integración responsable en una comunidad cristiana. “Convertirnos” a los jóvenes es una de las exigencias de este tiempo. En este contexto podrán crecer las vocaciones de servicio a la Iglesia y a la sociedad. En este contexto crecerán también las vocaciones a la vida religiosa y a nuestra Congregación, porque en él se dan las condiciones necesarias para acoger positivamente la propuesta vocacional claretiana.

Pero esta “misión en clave vocacional” no se refiere simplemente a los jóvenes, sino que centra nuestra atención en una acción pastoral que tienda a acompañar a las personas a una opción madura por Cristo y por el Reino. Supone por nuestra parte una profunda experiencia de fe y un deseo ardiente de compartirla. Exige también saber dedicar tiempo a las personas, ayudarlas con gran respeto a explicitar las preguntas que llevan en su corazón y acompañarlas en la búsqueda de una respuesta que les llene. Sabemos que en Jesús la van a encontrar. Una pastoral en clave vocacional nos llevará a cuidar también la formación de la comunidad cristiana para que sea lugar de crecimiento en la fe y de verificación de las nuevas relaciones que nacen entre las personas cuando el Reino ocupa el centro de sus vidas. En ella se consolidará la opción personal de fe y cada uno encontrará el apoyo necesario para vivir su vocación como discípulo de Jesús y testigo del Reino. Nuestra pastoral no puede ser simplemente de mantenimiento. Ha de saber descubrir y sentir la sed de verdad, de justicia y de amor que hay dentro de cada ser humano y ayudar a construir la vida desde esta llamada que todos llevamos dentro.

Una misión “en clave vocacional” nos pedirá revisar nuestra predicación y nuestra catequesis, tanto de niños, adolescentes y jóvenes, como de adultos. Han de ser verdaderamente “anuncio” del Evangelio, instrumentos capaces de acompañar a las personas a un encuentro profundo con Jesús. Estamos a las puertas del Sínodo sobre la nueva evangelización. ¿Qué significa para nosotros, misioneros, esta “novedad”? ¿Qué iniciativas responden a esta llamada que nos hace la Iglesia? ¿Qué plataformas pastorales pueden dar cauce operativo a esta novedad que se nos pide?

Me parece muy importante el esfuerzo que se está haciendo en varias Provincias y Delegaciones en orden a la creación de equipos pastorales que puedan prestar una contribución significativa en este sentido: equipos de formación de evangelizadores, de misiones populares, de formación bíblica, de pastoral juvenil, etc. Estos equipos ofrecen unos servicios que pretenden dar dinamismo y profundidad a la actividad pastoral ordinaria. Se trata de una opción prioritaria si la contemplamos desde nuestro carisma misionero y desde la tradición congregacional. Creo que es un camino interesante que hay que repensar en cada lugar y buscar como darle un cauce operativo. Una opción por priorizar estos equipos nos va a pedir una revisión de posiciones, pero vale la pena. Ahora bien, no se puede llevar a cabo si no se elabora al mismo tiempo un plan de aquellas especializaciones necesarias para que dichos equipos puedan ofrecer un servicio evangelizador verdaderamente significativo.

Dentro de esta misión “en clave vocacional” se inscribe también, naturalmente, el tema de las vocaciones a la Congregación. Lo he comentado varias veces y desde el Secretariado General de Pastoral Vocacional se está realizando una animación continua. Falta todavía un compromiso más concreto de cada uno de los claretianos. No acabo de descubrir ni en cada comunidad claretiana ni en cada actividad pastoral una preocupación fuerte por el tema vocacional. Incluso en algunos ámbitos se ha ido creando un cierto conformismo - a veces podríamos hablar casi de derrotismo- que se manifiesta en la expresión insistentemente repetida: “es muy difícil”. Y, en verdad, lo es; pero ello no debería ser obstáculo para que esta inquietud nos motivara a trabajar más por esta causa. Incluso en las Provincias y Delegaciones donde esta-

mos siendo bendecidos con abundantes vocaciones, preocupa el hecho de que la mayoría de los candidatos no proceden de nuestros centros apostólicos sino de campañas vocacionales que se realizan en otros colegios y parroquias. No deja de ser un cuestionamiento a los planteamientos pastorales de nuestros propios centros en la perspectiva de misión “en clave vocacional” a la que me estoy refiriendo.

2. PRIORIDADES PASTORALES PARA ESTE SEXENIO

El último Capítulo General nos marcó algunas prioridades pastorales para este sexenio. La Prefectura de Apostolado las está trabajando y nos las recuerda con frecuencia. No me voy a extender en este punto. Simplemente las quiero mencionar y animar a asumirlas con el máximo entusiasmo. Para cada una de ellas se ha elaborado un proyecto y se ha nombrado un equipo responsable. Durante el año 2013, en las reuniones de los Prefectos de Apostolado de cada una de las Conferencias interprovinciales, se buscará acabar de traducirlas en propuestas y actividades más concretas en cada una de las áreas geográficas de la Congregación.

- a. *La pastoral bíblica.* Se la está trabajando en un doble sentido: por un parte, actividades que ayuden a profundizar el conocimiento de la Biblia y el contacto con ella y, por otra parte, la animación bíblica de toda la acción pastoral, es decir cuidar que la Palabra de Dios sea verdadera fuente inspiradora de nuestro compromiso misionero en todas las áreas

pastorales. Se ha creado un equipo coordinador y se están ya ofreciendo subsidios interesantes a través de la página web de la Prefectura General de Apostolado. La Provincia de Colombia-Venezuela está brindando una colaboración importante a este proyecto.

- b. *La evangelización a través de las nuevas tecnologías de la comunicación.* Hay ya experiencias muy valiosas en la Congregación que llevan una trayectoria de varios años. Se trata de potenciar y coordinar para hacerlas más efectivas. Se está realizando un esfuerzo importante por facilitar el acceso a programas de educación superior y de capacitación pastoral a través de internet con el propósito de llegar a personas que, de otra forma, no tendrían acceso a este tipo de cualificación. Hay también un equipo coordinador. La Provincia de Brasil está colaborando en la coordinación de este proyecto.

- c. *Las nuevas generaciones y la familia.* Estamos atendiendo este aspecto sobre todo a través de la insistencia, en las visitas canónicas y otras vistas de animación, en la necesidad de elaborar un buen proyecto de pastoral de la infancia, adolescencia y juventud y de dedicar personas a llevarlo a cabo. En cuanto a la pastoral familiar, seguimos pidiendo que encuentre una resonancia concreta en los planes pastorales de todos nuestros centros. Ambos temas serán objeto de diálogo en las reuniones de los Prefectos de Apostolado de las distintas Conferencias interprovinciales del próximo año 2013.

- d. *La consolidación del trabajo en el área de la “Justicia, Paz e Integridad de la Creación”*. Además de lo que ya he comentado sobre la presencia en el foro de las Naciones Unidas, intentamos animar a que esta dimensión esté más presente en nuestra vida y en todas las actividades de la Congregación. Desde el Secretariado General de JPIC se seguirán organizando programas de capacitación en esta área, tanto para nuestros Centros formativos como para las actividades pastorales. Entendemos que es necesaria una mayor coordinación en esta área y estamos buscando los mecanismos apropiados para ello.

3. LAS ESTRUCTURAS Y LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS

Después de este recorrido vuelvo al tema de “todos los medios posibles”. ¿Cómo podemos evitar la dispersión a que me refería antes y, por otra parte, dar un signo más fuerte de identidad a nuestros apostolados? Yo creo que hay que hacerlo, sobre todo, desde una reflexión seria sobre cómo encarnar las cuatro características que he presentado en cada uno de los lugares donde estamos trabajando, pero tomándolas en un sentido unitario. Ciertamente, en algunos lugares será más fácil poner el acento sobre unas características que sobre otras, pero en todas nuestras plataformas apostólicas han de estar presentes todas ellas. No se me escapa que algunos pueden aprovechar esto para justificar cualquier posición pastoral o, peor todavía, para aferrarse

a aquella en la que se encuentran y de la que no quieren salir. Aquí surge la necesidad de hacer este discernimiento en el contexto de toda la Provincia. No todas las posiciones nos permiten del mismo modo asumir las características que deben caracterizar nuestro trabajo apostólico. En cada contexto habrá que definir cuáles son aquellas que responden mejor a ellas y darles prioridad sobre las demás. Siempre se ha dicho que el problema mayor de la revisión de posiciones no se da a la hora cerrar una determinada posición porque no está conforme con los criterios de la misión claretiana. Si así fuera, no debemos dudar en abandonarla. El verdadero problema se da cuando hay que decidir sobre la continuidad de una posición que puede ser plenamente justificada desde las características de la misión claretiana, pero a la que debemos renunciar para potenciar otra o para crear una nueva que, desde estos mismos criterios, se nos presenta como más urgente.

Han ido apareciendo varias sugerencias a lo largo del texto de esta circular. Espero que las sepáis recoger. Es verdad que el dinamismo misionero de una determinada actividad o estructura pastoral depende mucho de los miembros de su equipo responsable. Pero también es verdad que hay estructuras pastorales que facilitan más que otras la expresión de nuestra identidad misionera. En cada contexto habrá que ver cuáles son. Llevar a cabo esta reflexión permitirá clarificar mejor las prioridades de nuestra proyección misionera y facilitará a la gente, sobre todo a los jóvenes con inquietudes vocacionales, identificar mejor el perfil de nuestra Congregación. Estas prioridades han de ser pocas y deben estar bien coordinadas en el ámbito provincial o, incluso, interprovincial. La reorganización de

Organismos en la Congregación ofrece una buena oportunidad en este sentido. La revisión de posiciones se hace más difícil cuanto más reducido es el marco desde el que se lleva a cabo, porque entran en juego con mucha más fuerza otros factores distintos de los criterios misioneros. Si la expresión “válganse de todos los medios posibles” es un germen de profecía que el Fundador dejó sembrado en el corazón de la Congregación, no podemos convertirlo en una excusa para apartarnos, precisamente, de esta dimensión profética de nuestra misión.

IV.

LA LLAMADA A LA SANTIDAD DEL MISIONERO

La misión de la Congregación la llevamos a cabo los claretianos. Su dinamismo dependerá, pues, en gran parte del dinamismo de la vida misionera de cada uno de nosotros. Sin una profunda espiritualidad, nuestro trabajo apostólico no será capaz de comunicar el Evangelio. El Capítulo General nos señaló como prioridad la necesidad de reforzar la dimensión teológica y mística de nuestra vocación misionera (HAC 54). Hemos comprendido la necesidad urgente de reavivar el fuego interior que da sentido a nuestra vida y dinamismo al compromiso apostólico. Esta fue la experiencia de nuestro Fundador y ésta ha sido la experiencia de muchos hermanos nuestros que son hoy puntos de referencia para todos nosotros. Sabemos muy bien que sin este fuego nuestras vidas no serán capaces de transmitir luz ni calor. Sin él nuestro trabajo y nuestras instituciones no serán capaces de comunicar el Evangelio del Reino. Sin él nuestros procesos formativos no serán más que itinerarios de capacitación profesional más o menos logrados. Sin este fuego la preocupación que podamos tener por los recursos económicos necesarios para sustentar la vida y las actividades de la Congregación no se va a diferenciar mucho de la de cualquier otro grupo humano. Hay que recuperar la mística misionera: dejar que Dios se apodere verdaderamente de nosotros, cuidar la amistad con Jesús y dejarnos guiar por su Espíritu. “Aspirar a la santidad: éste es en síntesis el programa de toda vida consa-

grada”, nos dice *Vita Consecrata* en el número 93. Para vivir hoy nuestra vocación misionera, “reavivar el fuego interior” es la condición “sine qua non”.

“Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”: en la vivencia de este binomio encuentra sentido nuestra vida y se hace portadora de vida a través de nuestro compromiso apostólico. Os invito a volver a mirar hacia la experiencia espiritual y misionera del P. Fundador. La vida de San Antonio M. Claret tuvo un centro: Cristo. Por Él se sintió amado. Por Él se sintió acompañado. Por Él se sintió enviado. Toda vida humana necesita un centro de gravedad que vaya llenando de sentido cada uno de los episodios que conforman su historia. Para Claret este centro integrador y dinamizador de su vida fue su relación con Cristo. Una relación que cuidó con esmero y que dejó que moldeara toda su existencia. Jesús fue ciertamente su punto de referencia absoluto, el centro integrador y dinamizador de su vida. Fue la caridad de Cristo la que le urgió durante toda su vida. El P. Fundador se nos presenta, pues, como un hombre profundamente apasionado por Jesús y por el anuncio del Evangelio. Su vida fue la expresión de esta pasión que ardía fuertemente en su corazón. “Un hijo del Corazón de María es un hombre que arde en caridad y abrasa por donde pasa”, decía a sus misioneros. Un fuego que él alimentó en la asidua meditación de la Palabra de Dios y a través de una profunda piedad eucarística. Miró al pueblo y sintió, como Jesús, aquella profunda compasión que urge a la acción concreta. Organizó toda su vida desde la opción fundamental que hizo de ponerse incondicionalmente al servicio del anuncio del Evangelio.

Ante la situación de nuestro mundo, decía al comienzo de esta carta, nos asaltan mil preguntas que pueden incluso provocar cierto desánimo con relación a nuestro compromiso misionero. No fueron menos difíciles los tiempos de Claret. En la Autobiografía nos habla de ello con frecuencia. Estoy seguro de que también en aquellas circunstancias muchos sucumbieron al desánimo. Si el P. Fundador vivió con tanta intensidad su misión fue porque vivió con mucha intensidad la experiencia de ser amado por Dios. En Cristo descubrió el amor inconmensurable de Dios que se ofrece a todos y a cada uno. No pudo quedarse quieto. Él expresa su experiencia con palabras y expresiones que quizás hoy día no siempre nos motivan suficientemente; pero debemos ser capaces de captar la profunda experiencia que se esconde detrás de las palabras. Ésta, ciertamente, va a tocar nuestros corazones.

Recordar hoy la figura de Claret nos anima a asumir con decisión y generosidad la gozosa tarea de anunciar el Reino. La sed de verdad y de amor, el deseo de vivir con sentido y de construir un mundo más fraterno y solidario sigue presente en el corazón de nuestra gente. Existen, ciertamente, muchas propuestas que intentan acallar esta sed o colmar este deseo con ofertas que no son capaces de responder a los más profundos anhelos del corazón humano. El anuncio de la Palabra, que guía a las personas hacia la propia interioridad donde es posible el encuentro con Dios y ofrece las claves para interpretar y orientar la historia, es más urgente que nunca. Sabemos que la experiencia del amor de Dios nos capacita para acoger a los demás como hermanos y a la Creación como don a compartir. Si fuéramos capaces de mirar la realidad con aquella compasión

de Jesús, que llenaba también el corazón de Claret, nacería en nosotros el deseo poderoso de hacer algo. No nos preocuparía mantener posiciones de poder o de prestigio, porque estaríamos interesados solamente en acercarnos a aquellos que esperan un gesto de amor en medio de las experiencias de exclusión que están viviendo. No nos sentiríamos amenazados por nada ni por nadie porque nos llenaría el corazón la paz de quien se sabe amado por el Padre y enviado por Jesús que prometió estar siempre con sus discípulos. No nos daría miedo dar testimonio de nuestra fe porque sabríamos que es el mejor servicio que podemos ofrecer a los hermanos. No cejaríamos en nuestro empeño por crear un mundo más cercano al proyecto de Dios para sus hijos porque nos dejaríamos llevar por la certeza de la promesa del Padre que alimenta nuestro compromiso misionero: un mundo nuevo “en el que reinará la justicia”. Nos inquietaría solamente ver la situación de tantas personas que, por motivos diversos, no alcanzan a vivir la experiencia de saberse amados y nos sentiríamos poderosamente llamados a ser expresión del Corazón del Padre en el contexto particular en que nos toca vivir a cada uno. El recuerdo del Fundador nos sitúa en clave misionera. Nuestra espiritualidad es misionera y nuestra respuesta a la llamada a la santidad pasa por el compromiso misionero. Bebamos del pozo del que nace el agua viva, la única que puede colmar nuestra sed y hacer que nuestra vida ofrezca frutos abundantes para todos.

CONCLUSIÓN

En uno de los ejercicios de la segunda etapa -“Patris mei”- del proyecto “La Fragua en la vida cotidiana” se nos invita a recoger aquellos textos de la Escritura que encuentran mayor resonancia en nuestra vida. No dudé en escoger el texto del Evangelio de Lucas 1,46-55: el canto del *Magnificat*. Quiero concluir esta carta refiriéndome a él.

En el Magnificat resuena con fuerza el reconocimiento por parte de María de la grandeza y santidad de Dios, que es misericordioso y fiel a sus promesas, que se fija en “los pequeños” y es garantía de libertad para los oprimidos y excluidos.

En el Magnificat aflora con una serena belleza la conciencia de María de haber sido agraciada por Dios: todo es gracia en su vida. Es esta gracia la que hace verdaderamente grandes a las personas: todas las generaciones la llamarán “bienaventurada”; como Jesús mismo, en el sermón de la montaña, llamó bienaventurados a quienes Dios colmaría con el don de su presencia en su vida pobre, marcada por el sufrimiento o por el llanto, llena de compasión, transparente, comprometida con la justicia, perseguida por mantenerse fiel al mensaje del Reino. Es siempre la presencia de Dios la que abre nuevos horizontes en la vida y la hace portadora de esperanza.

En el Magnificat descubrimos la conciencia de María de ser parte de su pueblo. La bendición que Dios ha derra-

mado sobre ella será bendición para su pueblo, porque Dios cumple siempre sus promesas y ahora lo va a hacer a través de ella misma que se confía totalmente a su proyecto. Una bendición que llegará a “toda la descendencia de Abraham para siempre”, indicando de este modo la universalidad del amor del Padre.

En el Magníficat percibimos la convicción de María de que la presencia de Dios transformará la dura realidad de quienes pasan hambre y son humillados y explotados, porque la presencia de Dios es siempre transformadora como Ella misma ha experimentado, pues la hizo madre de Su hijo. La presencia de María junto a Jesús, hasta el calvario, intentando hacer realidad este “sueño” del Padre llena de credibilidad las palabras de este canto.

El verbo “proclamar” encabeza el canto de María. Una experiencia tan grande de gracia no se resiste a quedarse encerrada en una sola persona. Se proclama y, de este modo, se multiplica convirtiéndose en fuente de esperanza para muchos.

El Magníficat nos revela una fe que se hace profecía de esperanza y alienta un compromiso que busca hacer realidad hoy lo que se proclama como promesa de un Dios que es siempre fiel a su Palabra. Aquí reside la belleza de este canto.

El Magníficat es el canto del profeta y del misionero, de quienes se saben en las manos de Dios para ser parábolas de su amor y su misericordia, para oponerse a todo lo que niega o pretende ofuscar este amor que quiere alcanzar

a todos. El Magnificat que recitamos o cantamos cada día nos ayuda a crecer como misioneros y nos configura como comunidad misionera.

Nuestra identidad es “ser misioneros”. He querido invitaros a reflexionar sobre el sentido profundo que hoy tiene para nosotros y para el mundo. Mi deseo es que sepamos vivir con entusiasmo esta vocación que es un regalo de Dios para cada uno de nosotros y quiere serlo, a través nuestro, para muchos.

Acabo de escribir estas páginas en este tiempo, los meses de julio y agosto, en que hacemos cada día memoria de tantos hermanos nuestros que proclamaron su fe y ratificaron su consagración con el don de su propia vida. Que la memoria de los mártires aliente nuestro caminar misionero.

Roma, 13 de agosto, 2012

Festividad de los Beatos Mártires Claretianos
de Barbastro

Día de la memoria martirial de la Congregación.

Josep M. Abella Batlle, cmf.
Superior General

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN | 3 |
| | |
| I. LA MISIÓN, UN TEMA FUNDAMENTAL | 7 |
| 1. PUNTOS DE REFERENCIA A LA HORA DE PENSAR NUESTRA MISIÓN HOY | 8 |
| 1.1 <i>El Padre Fundador</i> | 8 |
| 1.2 <i>Las orientaciones del Magisterio eclesial</i> | 10 |
| 1.3 <i>Otras referencias importantes</i> | 14 |
| 2. LAS NUEVAS PREGUNTAS QUE NOS INQUIETAN | 17 |
| | |
| II. NUEVOS HORIZONTES PARA LA MISIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA | 27 |
| 1. CUESTIONAMIENTOS A LA MISIÓN EN ESTE MOMENTO HISTÓRICO | 30 |
| 1.1 <i>La globalización</i> | 32 |
| 1.2 <i>El pluralismo cultural y religioso</i> | 34 |
| 1.3 <i>El desafío de la secularidad</i> | 36 |
| 1.4 <i>En busca de una verdadera armonía</i> | 39 |
| 2. BUSCANDO CAMINOS HACIA EL FUTURO | 41 |
| 2.1 <i>Nuestra primera contribución a la misión: profundizar la dimensión teológica de nuestra vida</i> | 41 |
| 2.2 <i>El diálogo como lugar propio de la misión</i> | 44 |
| 2.3 <i>La opción por los pobres y excluidos y por la justicia ..</i> | 46 |

| | |
|--|----|
| 2.4 <i>Repensar la ubicación de nuestras obras</i> | 50 |
| 2.5 <i>Avanzar en el camino de la colaboración intercongregacional y de la misión compartida</i> | 52 |
| III. NUESTRA MISIÓN CLARETIANA HOY | 55 |
| 1. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA MISIÓN CLARETIANA HOY | 59 |
| 1.1 <i>Misión compartida</i> | 60 |
| 1.2 <i>Misión en diálogo</i> | 68 |
| 1.3 <i>Misión solidaria</i> | 74 |
| 1.4 <i>Misión en clave vocacional</i> | 79 |
| 2. PRIORIDADES PASTORALES PARA ESTE SEXENIO | 82 |
| 3. ESTRUCTURAS Y LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS | 84 |
| IV. LA LLAMADA A LA SANTIDAD DEL MISIONERO | 87 |
| CONCLUSIÓN | 91 |